AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

9

ORIENTE

LOS FENICIOS





ORIENTE

Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: M. 5375-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-332-3 (Tomo IX)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

LOS FENICIOS

Carlos G. Wagner



Indice

Págs.

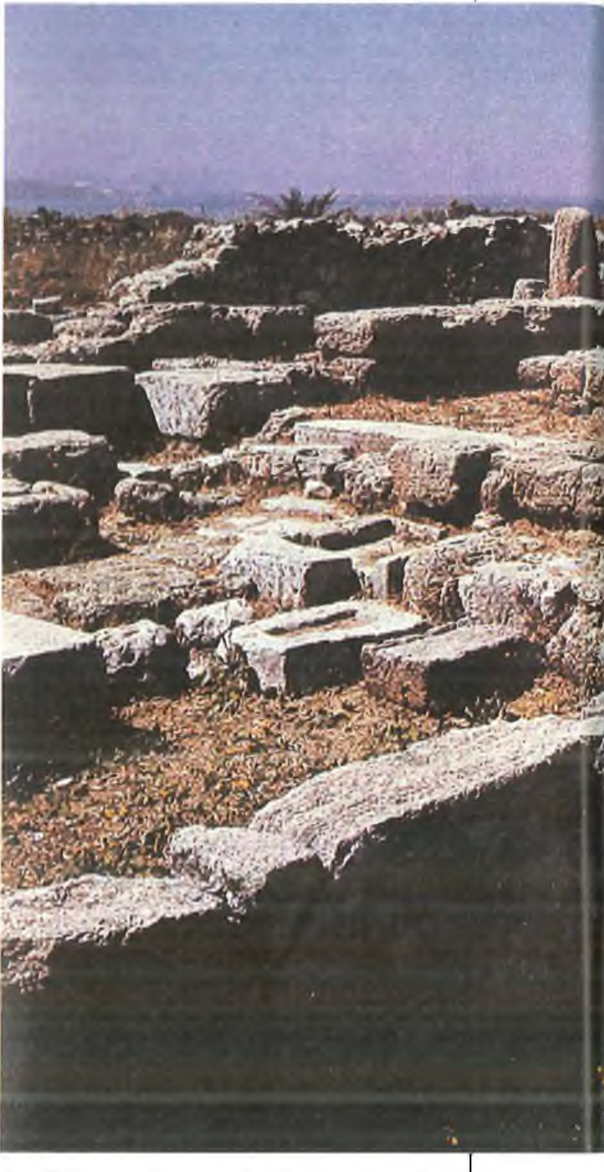
1. El marco geográfico, étnico y lingüístico

Los griegos, posiblemente desde tiempos micénicos, llamaron fenicios a los habitantes del antiguo país de Canaán. El término, que etimológicamente deriva del vocablo *phoinix* cuyo significado es el de «púrpura», no es más que una traducción de la denominación local atestiguada desde el III milenio a.C., pues la palabra *cananeos* se encuentra igualmente conectada con tal significado. Ambos términos son por consiguiente sinónimos por lo que hacen referencia a una misma realidad geográfica, histórica y cultural.

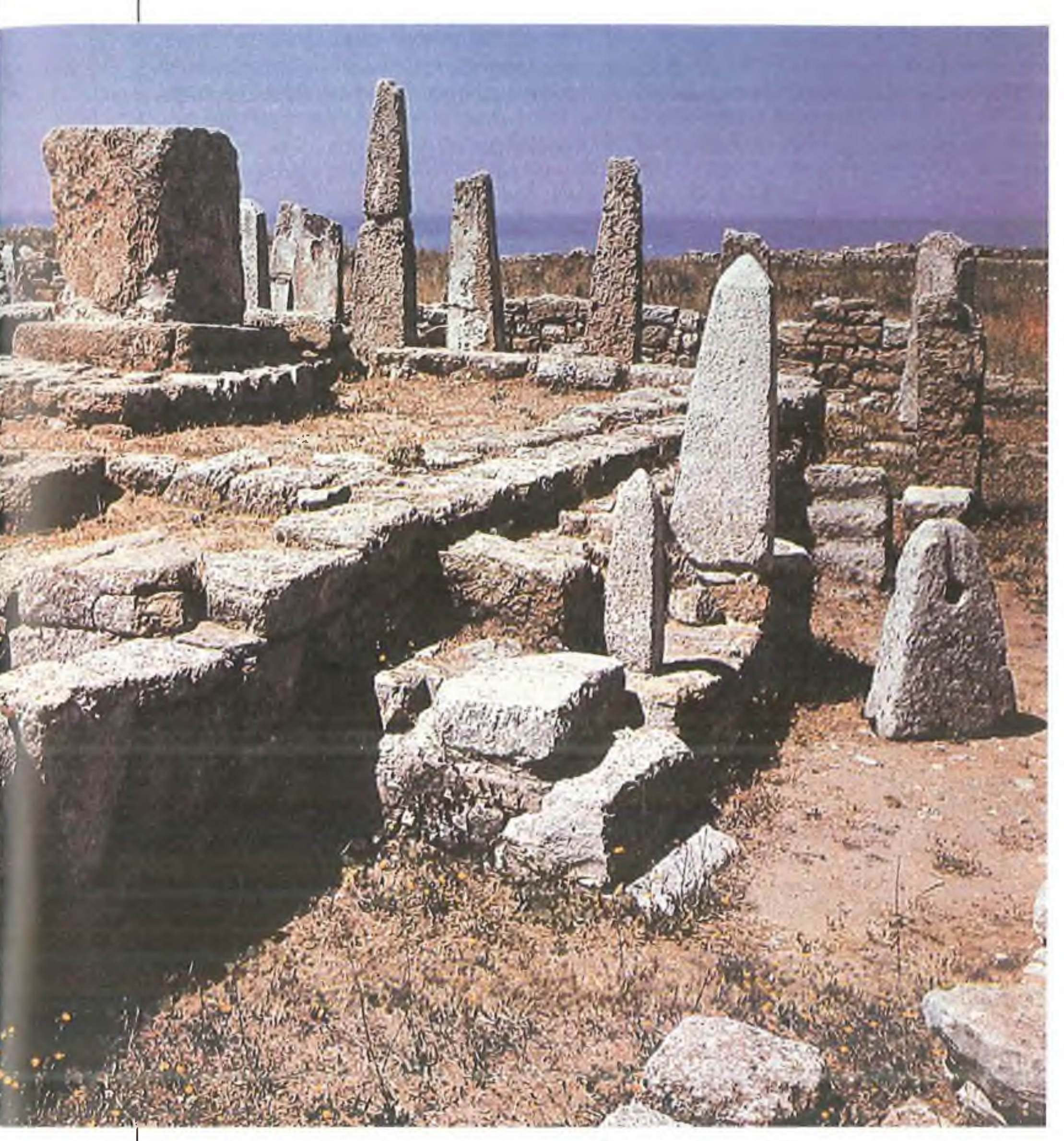
Canaán, «la tierra de la púrpura» haciendo alusión a una vieja industria del país, era el territorio de la costa oriental mediterránea que se extendía desde Tell Sukas hasta Gaza. Se trata de una franja no muy amplia que discurre paralela al litoral y bien delimitada por una serie de accidentes geográficos: el mar a Occidente y los desiertos de Siria y Arabia por el sur y Oriente. Las montañas de la cordillera del Líbano que discurren a escasos kilómetros de la costa diferencian una zona marítima de otra del interior siendo posible la comunicación entre ambas a través de la región de Alepo en el norte, y la de Damasco más al sur. La anchura de esta franja costera es un tanto irregular oscilando entre los doce y los cincuenta kilómetros, y en ocasiones promontorios rocosos que arrancan de la cadena montañosa segmentan este corredor marítimo, alcanzado en algunos puntos el mar. Se crean así una serie de valles aluvionarios formados durante siglos por las aguas que fluyen desde la vertiente occidental de los montes del Líbano hacia el Mediterráneo. La consecuencia de esta configuración geográfica es una compartimentación del paisaje que impide la práctica de una agricultura de carácter extensivo y que influyó desde un principio en la delimitación de fronteras entre un valle y otro. Al mismo tiempo la presencia de todos estos accidentes geográficos determinará la imposibilidad de una ampliación importante del territorio. La costa posee un buen número de pequeñas bahías flanqueadas por pequeños promontorios en donde los habitantes del litoral podían defenderse fácilmente de un ataque procedente de tierra adentro y que al mismo tiempo servían de fondeadero para las embarcaciones.

La explotación de los recursos del país estaba mediatizada por todos estos condicionamientos geográficos. El elemento esencial, desde un punto de

vista ecológico, lo constituye la existencia de una potente cadena montañosa cuya no excesiva altitud media permitió la aparición de extensas zonas boscosas que atraían las lluvias y nieves procedentes de la evaporación del Mediterráneo, provocando una gran estabilidad en el ciclo climático. Esta situación, que es atípica en todo el resto de la región y en los países vecinos, como Mesopotamia o Egipto, donde la presencia de madera es prácticamente nula, implicó la muy temprana explotación de la riqueza forestal de estos montes. De esta forma, la madera procedene del Líbano constituyó desde muy pronto uno de los principales recursos del territorio. Otro lo constituía una agricultura intensiva que dependía fundamentalmente del régimen de las lluvias. Abundaban éstas en invierno para ir disminuyendo progresivamente en primavera hasta que desaparecían totalmente durante un período que se extendía desde mayo hasta septiembre. La estación estival era por ello muy severa con lo que la vegetación se desecaba casi absolutamente durante cuatro o cinco meses hasta alcanzar de nuevo la estación lluviosa. A lo largo de todo ese tiempo sólo era posible la irrigación gracias a las aguas procedentes del deshielo que mitigaban parcialmente, junto al rocío, la sequedad del verano. El suelo cultivable, en gran medida aluvionario, era muy fértil no sólo en las tierras bajas próximas al mar sino incluso a pie de montaña y en las zonas de menos altura de sus faldas, en los múltiples valles que penetran hacia el interior de la cordillera. Además de las tierras de cultivo que proporcionaban cereales, como trigo y cebada, hortalizas y frutales, como la vid, el olivo, las higueras, los sicomoros, las palmeras datileras o las granadas, no eran escasas las tierras de pastos que alimentaban una abundante cabaña de cabras y ovejas. A todas estas riquezas debemos aún añadir el cobre del valle de La Bekaa, y los productos que se obtenían del mar que a la sal y la pesca añadía el murice del que la población local obtenía la púrpura con la que habrían de alcanzar amplio renombre merced a las prendas teñidas con ella y elaboradas con la excelente lana de sus ovejas.



Etnicamente los cananeos o fenicios constituyen un pueblo de estirpe



semita occidental establecidos desde muy antiguo en el país que habitaban, aunque ya en la Antigüedad se les había atribuido orígenes diversos. Así Heródoto (I, 1; VII, 89) afirmaba que procedían del Mar Rojo, mientras que Estrabón (XVI, 3, 4) y Plinio (IV, 36) sugieren que eran originarios del Golfo Pérsico. No obstante, Filón de Biblos mantenía el origen autócto-

Vista parcial del Templo de los Obeliscos en Biblos
(Siglo XIX-XVIII a.C.)

no de este pueblo y su cultura, y hoy sabemos por documentos recientes que habitaban el territorio de Canaán desde el III milenio a.C. (Garbini, 1983, 30). Sobre este fondo originario de población vino a instalarse desde comienzos del II milenio a.C. las gentes del país de Amurru, los amoritas o amorreos, semitas occidentales igualmente que hablaban una lengua estrechamente emparentada con el cananeo. Luego elementos de origen hurrita e indoiranio se instalaron a su vez en el país. Finalmente otros semitas, los arameos, aportaron también su contribución desde la segunda mitad del mismo. Hacia el 1200 a.C. las invasiones de los «Pueblos del Mar» transformaron en parte la configuración del litoral fenicio pues supusieron la instalación en una parte de éste de un nuevo pueblo, los *peleset* o filisteos que ocuparon la zona comprendida en torno a Ascalón y Gaza a la que dieron su nombre por lo que pasó a denominarse Palestina. Los israelitas que según parece habían llegado a la Fenicia meridional en torno a un siglo antes compitieron con ellos con no muy buena fortuna, al menos durante un primer período bastante dilatado, y permanecieron fraccionados y marginados en un país que, en contra del relato bíblico, permaneció aún durante mucho tiempo enteramente fenicio. Hoy sabemos, por lo demás, que toda la Palestina incluso mucho después de la constitución del reino de Israel permanecía culturalmente vinculada al viejo sustrato cananeo-fenicio (Garbini, 1983, 31), si bien no ocurrió lo mismo en lo que a los límites políticos se refiere. Desde comienzos del I milenio a.C. el territorio propiamente fenicio, contemplado desde una perspectiva no cultural sino política, se extendía hasta alcanzar por el sur la localidad de Acre, aunque en los territorios ocupados por filisteos e israelitas la lengua fenicia continuó hablándose durante siglos. Pese a ello el país fenicio o cananeo no constituyó nunca, como tendremos ocasión de ver, una entidad nacional aún compartiendo una cultura común, sino que por el contrario se encontraba fragmentado en una serie de pequeños estados autónomos e independientes entre sí. Como en Grecia, la propia configuración del territorio, muy similar a la del país helénico, había influido en esta dirección desde los comienzos de su historia.

También como en Grecia la abrupta topografía dificultaba las comunicaciones internas por lo que la navegación se convirtió desde muy pronto en la solución más sencilla, lo que despertó entre sus habitantes una temprana vocación marítima. Ello, unido al carácter de encrucijada de las culturas de la Antigüedad en esta parte de Oriente que detentaba por su situación, explica las diversas influencias que procedentes de Mesopotamia, el Asia Menor, Chipre, el Egeo y Egipto se difundieron progresivamente entre su población. Todas estas aportaciones influyeron en el carácter abierto y flexible de la mentalidad fenicia poco dada a particularismos etnocentristas, sin que ello significara merma alguna de su vieja tradición semítica que se mantuvo con fuerza a lo largo de los siglos y permanecía todavía en el Occidente colonizado mucho tiempo después de comenzada nuestra era (Vattioni, 1986).

La lengua cananea pertenecía, como la hebrea, con la que mantenía muchas similitudes, al grupo de dialectos semíticos noroccidentales y conoció también una evolución a lo largo del tiempo. Así podemos distinguir un cananeo o fenicio arcaico no muy alejado de la lengua recientemente descubierta en Ebla y diferenciado del antiguo acadio, semita oriental, y también del amorita, que se extiende aproximadamente hasta el 2000 a. C. A partir de esta fecha podemos hablar de una lengua cananea o fenicia que presenta muchos caracte-

res innovadores típicamente amoritas y que se conforma ya como el fenicio clásico que conocemos a través sobre todo de las inscripciones, y que se va a mantener en Oriente como habla corriente de esta zona hasta, por lo menos, el siglo II d.C. En Occidente la lengua púnica, transposición colonial del fenicio clásico se va a mantener hasta los tiempos de San Agustín quien da como veremos, buen testimonio de ello. Desgraciadamente de este pueblo inteligente que prosperó en paz y en guerra, y excelente en escritura, literatura y otras artes (Pomponio Mela, I, 12) no conservamos documentos escritos al margen de los epigráficos y de las tablillas de Ugarit pertenecientes a la Edad del Bronce, por lo que debemos reconstruir su historia en base a los hallazgos arqueológicos y a las noticias que de ellos han dejado otros pueblos con los que se relacionaron. No deja de constituir una tremenda paradoja nuestro desconocimiento de la literatura de aquéllos que precisamente inventaron y difundieron la escritura alfabética, logro cultural de los más trascendentes que habría de influir de modo decisivo en la difusión del conocimiento.

«Los fenicios fueron una raza inteligente, que prosperó en paz y en guerra. Fueron excelentes en escritura y literatura, y en otras artes; en marinería, en el arte de la guerra naval y en el dominio de un imperio.»

(Pomponio Mela, I, 12)

«Tenían estos fenicios en lo antiguo, conforme dicen, su asiento en el mar Rojo, de donde pasaron a vivir a las costas de la Siria, cuya región y todo lo que hasta el Egipto se extiende se llama Palestina.»

(Heródoto, VII, 89)

2. En los inicios de la historia; La Edad del Bronce Antiguo

Todo parece indicar que fue el aprovechamiento de los recursos locales el factor que contribuyó decisivamente a la aparición de la civilización urbana en el país de Canaán. De todos ellos el más apreciado por las civilizaciones vecinas lo constituía la abundante madera, particularmente cedros, de sus montañas y hay datos que hacen sospechar una muy temprana explotación de esta riqueza forestal. El Poema de Gilgamesh, por ejemplo, que alude a los primitivos tiempos sumarios, contiene un episodio que relata la victoria del héroe mesopotámico y su compañero Enkidu sobre el salvaje Huwawa, protector de los bosques de cedros:

«Gilgamesh tomó el hacha en su mano y comenzó a talar los cedros. Pero cuando Huwawa oyó el ruido se encolerizó. —¿Quién ha venido y profanado los árboles crecidos en mi montaña y ha talado el cedro?... Enkidu y Gilgamesh penetraron en la montaña y combatieron a Huwawa... El dios Sol, dios del cielo, oyó el ruego de Gilgamesh y levantó contra Huwawa poderosas tempestades... Ocho vientos se levantaron contra Huwawa. Le golpearon en el rostro y en la espalda, impidiéronle avanzar y también retroceder. Entonces Huwawa se rindió y le dijo a Gilgamesh: —No me aniquiles Gilgamesh!, ¡Sé tú mi señor, yo seré tu esclavo! Olvida las amenazas que he lanzado contra ti. Y que los cedros que hice crecer en lo más profundo de los montes, y los poderosos (...) yo los cortaré y (...) a las casas».

(Lara, ed., 1980, p. 169-171).

Esta leyenda encierra una importante realidad histórica: el aprovechamiento de la madera de cedro del Líbano por los habitantes de la Mesopotamia presargónida. En torno a esta primera explotación y comercio seguramente las primitivas comunidades cananeas se transformaron en

ciudades, al menos aquéllas que como Biblos, la antigua Gebal, gozaban de su proximidad a los bosques de cedros. Biblos, posiblemente la más antigua de las ciudades cananeo-fenicias, es ya mencionada en el III milenio a.C. en documentos descubiertos en Ebla, en donde aparece como la ciudad más importante de la costa que mantenía un activo comercio con aquel poderoso estado sirio. En esta actividad económica, que la distinguía como el principal puerto del litoral mediterráneo, las gentes de Biblos obtenían diversos productos manufacturados, como telas y objetos de metal, así como productos agrícolas —vino, aceite— de Ebla a cambio de las telas de lino y los objetos de oro y plata que le proporcionaban. De los mismos documentos se deduce que Biblos constituía un centro político de notable importancia, capaz de tratar de igual a igual con la poderosa Ebla, capital de Siria, y de sellar tratados con ella sancionados mediante lazos matrimoniales que vinculaban a ambas casas reales. La estructura política de Biblos parece bastante similar a la de Ebla de la misma forma que los habitantes que las poblaban pertenecían a la misma etnia: una monarquía en la que la reina desempeñaba un papel nada despreciable, un consejo de «ancianos» que incluía a los representantes de las familias más poderosas, y un abundante elenco de funcionarios entre los que podemos destacar los escribas, los correos y los comisarios. Parece que Biblos gozaba también de un cierto prestigio religioso, mientras que las restantes ciudades cananeas como Beirut, Tiro, Sidón y Sarepta parecen haber desempeñado un papel secundario en aquel comercio. Sarepta debió haber estado bajo la hegemonía directa de Ebla mientras las demás pudieron haber formado parte de un reino controlado por Biblos (Pettinato, 1983).

Después fueron los acadios quienes visitaron ocasionalmente a lo largo de sus campañas el territorio cananeo. El propio Sargón, fundador del Imperio de Akkad, penetró hacia Siria del norte alcanzando Ebla y llegando a los montes del Líbano y hasta las mismas orillas del Mediterráneo. Uno de sus sucesores, Naram-Sin penetró en la región de Alepo y alcanzó el mar en los alrededores de Tiro. No obstante, estas incursiones acadias destinadas a obtener recursos ausentes en Mesopotamia y a percibir el tributo de los vencidos no debieron incidir mucho en la vida del país y cabe suponer que los cananeos, o al menos aquéllos que habitaban en las ciudades más importantes, mantuvieron su independencia limitada tan sólo por el reconocimiento ocasional de la superioridad acadia.

Los contactos con Egipto fueron igualmente tempranos y su antigüedad se recoge en el mito de Osiris que narra como el cuerpo del dios, después de ser asesinado por su rival Seth, fue arrastrado por las aguas hasta alcanzar la playa de Biblos. Estas relaciones se remontan a los comienzos mismos de la historia egipcia y se mantuvieron regularmente al menos hasta la época de Pepi II (2336-2242 a.C.) en que los egipcios seguían llegando a Biblos en busca de los cedros del Líbano, los metales y la obsidiana del Asia menor, el betún y las resinas. Todo este tráfico comercial parece haber descansado bajo la sanción de un culto común: el de Tammuz-Osiris con lo que los mercaderes de ambas partes ya no eran considerados en el puerto ajeno como extranjeros. Precisamente se han encontrado en Biblos vestigios de un templo egipcio de la época de Micerinos, y parece probable que las influencias mesopotámicas y sirias que se observan en el mito de Osiris y en otros aspectos de la vida egipcia durante las primeras fases de su historia hayan arribado al Valle del Nilo a través de las ciudades marítimas cana-



Biblos. Vista parcial de la muralla antigua

«Queriendo yo cerciorarme de esta materia dondequiera que me fuese posible y habiendo oído que en Tiro de Fenicia había un templo a Heracles (*Melkart*) dedicado, emprendí viaje para aquel lugar. Lo vi, pues, ricamente adornado de copiosos donativos, y entre ellos dos vistosas columnas, una de oro purificado en el crisol, otra de esmeralda que de noche en gran manera resplandecía. Entré en plática con los sacerdotes de aquel dios y preguntándoles desde cuando fue su templo erigido, hallé que tampoco iban acordes con los griegos acerca de Hércules, pues decían que aquel templo había sido fundado al mismo tiempo que la ciudad, y no contaban menos de dos mil trescientos años desde la fundación de la primera Tiro.»

(Heródoto, II, 44)

neas, la más importante de las cuales era, como hemos visto, Biblos.

A la inversa, la presencia e influencia egipcia en Canaán no se manifiesta sólo en esta localidad sino también en otros asentamientos. En el yacimiento de Ay, próximo a Jericó se han encontrado cuencos y copas de alabastro y de piedra similares a ejemplares conocidos en Egipto durante la II, la III y la IV Dinastías. Por las mismas, cerámicas procedentes de Jericó, Tell el Faràh y Meggido no son raras en las tumbas de la primera dinastía tinita.

A este período del Bronce Antiguo (2900-2300 a.C.) se remonta la aparición de otra de las ciudades cananeas que aparece mencionada en los archivos de Ebla: Tiro que habría de convertirse con el tiempo en la más famosa de las ciudades de Fenicia. Cuenta Heródoto (II, 44) que los sacerdotes de su templo de Melkart, uno de los más famosos del mundo antiguo, le refirieron como la ciudad fue fundada 2300 años atrás, lo que nos sitúa en torno al 2750 a.C. Pero a falta de más testimonios desconocemos por entero todo lo referente a los primeros momentos de su historia, salvo que probablemente se hallara supeditada a la hegemonía de Biblos.

Hacia el 2300 a.C. una serie de desastres aún muy mal conocidos que trastornaron a Siria y el Asia Menor afectaron a parte del territorio cananeo incluida Biblos. Los invasores, seguramente pastores seminómadas acamparon sobre las ruinas de las ciudades destruidas sin molestarse en reconstruirlas. Sus sepulturas colectivas hacen pensar en un pueblo de organización tribal que podría estar relacionado de alguna forma con el posterior movimiento de las bandas amoritas. Tal vez los hurritas tuvieran también algo que ver en el desencadenamiento de esta migración. En cualquier caso nuestro conocimiento de este período que supuso el final de la Edad del Bronce Antiguo en la región es muy parcializado y a todas luces insuficiente por lo que sólo alcanzamos a entrever los resultados. Los invasores, sea cual fuere su origen, trajeron la desolación a su paso inaugurando un lapso que alcanza su final con los comienzos del nuevo milenio.

3. El segundo milenio a.C.: las Edades del Bronce Medio y Reciente

Finalmente amainó la tempestad y la nueva época que conocemos como la Edad del Bronce Medio (1900-1600) se caracterizó como un período en el que el comercio pacífico y la prosperidad prevalecieron en el país. Ello no quiere decir que estuviera exenta de tensiones ya que coincide con la instalación de los amoritas en estos territorios y las ciudades aparecen de nuevo fortificadas, si bien experimentan un crecimiento rápido e importante que parece sugerir un notable desarrollo. Algo similar se puede observar en el hecho de que en la costa meridional de Siria Ugarit manifieste ahora una facies cultural típicamente cananea que se superpone sobre la

anterior presencia anatólica. Todo parece indicar una fuerte expansión de la cultura fenicio-cananea durante este período.

Igualmente los contactos externos se reanudan y las viejas relaciones con Egipto florecen de nuevo aunque bajo formas un tanto distintas. Los faraones del Reino Medio, superada la crisis que supuso el Primer Período Intermedio egipcio, tomaron medidas para asegurar sus lazos con las ciudades de Canaán. Biblos florecía de nuevo bajo el protectorado instaurado por Egipto y las tumbas de dos de sus reyes, Abishemu y su hijo Ibshemuabi, han proporcionado documentos que se vinculan con los reinados de Amenemhat III y Amenemhat IV, faraones de la XII Dinastía (Montet, 1923, 155 y 159), que destacan entre otros testimonios. Objetos con los nombres de Sesostris I, Sesostris II y Amenemhat III han aparecido igualmente en Ugarit que ahora comercia activamente con Egipto y otros testimonios de esta presencia nilótica se encuentran también en Damasco, Qatna y Beirut, entre otros. Canaán y Siria quedaban de nuevo bajo la esfera de la hegemonía egipcia que aunque respeta los poderes locales deja sentir su dominación. Todo el territorio era recorrido por emisarios reales que hacían llegar a Egipto las riquezas del país. El relato de Sinuhé correspondiente a este período nos proporciona una visión más amplia de las condiciones de vida en el territorio cananeo:

«Un país extraño me dio otro. Partí hacia Biblos y me avecindé en Quedem, y estuve un año y medio en ella. Ammi-enshi que era un gobernante del Alto Retenu (Líbano) me acogió y me dijo: —Estarás bien conmigo y oirás el habla de Egipto. Esto dijo porque conocía mi personalidad, se había enterado de mi sabiduría, y la gente de Egipto que estaba con él había atestiguado por mí... Me puso al frente de sus hijos. Me casó con su hija mayor. Me permitió que elegiera de su región, de lo mejor que tenía en su frontera con otra región. Fue una buena tierra llamada Yaa. Había en ella higos y uvas. Tenía más vino que agua. Copiosa era su miel, abundantes sus aceitunas. Había en sus árboles toda clase de frutos. Había cebada y espalta. Carecía de límite cualquier género de ganado.»

(ANET, 19)

Del relato de Sinué, desterrado al Canaán septentrional, deducimos la riqueza del territorio y la alta estima en que se tenía todo lo egipcio debido al dominio que los faraones ejercían sobre el país. Pero otros documentos egipcios, los llamados «textos de execración» pertenecientes igualmente a esta época presentan un cuadro un tanto diferente: reflejan una situación política en Canaán caracterizada por la inestabilidad en las que las distintas ciudades-estado gobernadas por personajes que en muchas ocasiones llevan nombres amoritas parecen estar siempre en peligro de ebullición y de insurrección contra la autoridad de Egipto, lo que revela que la dominación egipcia no era absoluta. Pese a ello Sesostris III ocupó Siquem en el curso de una expedición militar que no habría de volver a repetirse. Pero a partir del reinado de Amenehat IV la presencia egipcia en Asia experimenta una sensible regresión y los objetos procedentes del Valle del Nilo no llegan más que a las localidades más meridionales. Al poco tiempo Egipto se hunde bajo la invasión de los hicsos, nómadas asiáticos en cuyo itinerario Canaán ha debido jugar algún papel aún no enteramente dilucidado.

La recesión egipcia en el territorio fenicio-cananeo parece haber favorecido la intensificación de las relaciones con el ámbito sirio y mesopotámico. Assur florece ahora sobre el curso medio del Tigris y Shamshi-Adad I de Asiria alcanza en el curso de sus expediciones la costa mediterránea. Pero el poderío asirio fue efímero y el reino de Mari se revela entonces como una de las principales potencias

económicas del momento. Documentos procedentes de los archivos de esta localidad nos muestran la existencia de intensas relaciones comerciales con Biblos y Ugarit. Esta última ciudad, que se ha convertido en el puerto natural de toda Siria, refleja un ambiente cosmopolita en el que sobre el fondo cananeo se imprimen las influencias diversas, como aquellas procedentes del mundo hurrita, establecido en la Siria del norte, y de la misma Creta, testimoniando unas relaciones de largo alcance. Por esta época Tiro debía ser ya una ciudad de cierta importancia aunque desconocemos prácticamente todo lo referente a ella durante este período (Jidejian, 1966, 13 ss). Más al norte Sidón y Arvad florecían también ahora aunque la información que de ellas poseemos es igualmente escasa.

Este período de independencia va a encontrar su término a comienzos del siglo XVI a.C. en que se inaugura la Edad del Bronce Reciente o Tardío (1600-1200 a.C.). Al comienzo de esta nueva etapa algunos centros cananeos como Jericó, Megiddo y otros, son destruidos como consecuencia de los disturbios que siguieron a la expulsión de los hicsos de Egipto. Desde ahora, con las conquistas iniciadas por Amosis y Amenhotep (Amenofis) I, los faraones restablecen el protectorado egipcio sobre Sumur, Arvad, Beirut, Sarepta, Biblos, Tiro y Sidón, mientras que en el sur las ciudades cananeas que como Jerusalem, Ascalón, Megiddo, Acre y Hasor conservan también sus dinastías locales, eran vigiladas por pequeñas guarni-

Fragmento de una estatuilla del dios Bas
procedente del Templo de los Obeliscos en Biblos
(Siglos XIX-XVIII a.C.)
Museo Nacional de Beirut





Hacha fenicia
Museo Arqueológico Nacional de Madrid

ciones egipcias. Se crea una administración egipcia del territorio dirigida por altos funcionarios que recibían el título de «comisionados» o «enviados» al tiempo que se establecían otras guarniciones repartidas en lugares estratégicos a lo largo del país. Uno de estos centros de la administración egipcia era Gaza.

Los documentos egipcios de la época, en particular las cartas de El-Amarna, dejan traslucir una situación en la que las revueltas contra la autoridad del faraón no estuvieron ausentes. Así Biblos se caracterizó por su lealtad al faraón al igual que Tiro, aunque ésta tuvo que sufrir una revolución anti-egipcia que afectó incluso a destacados miembros de la casa real (Jidejian, 1969, 17). La posición de Sidón parece haber sido diferente actuando en ocasiones abiertamente contra los aliados de Egipto en la región, mientras que Ugarit, en donde una facción anti-egipcia luchaba contra la presencia faraónica provocando un levantamiento contra la guarnición instalada por Amenhotep II, supo guardar un difícil equilibrio entre las potencias que se disputaban el control de la zona. Y es que Egipto no se encontraba solo en su interés por los territorios de Canaán y de Siria. Por el contrario el estado hurrita de Mitanni le disputaba el predominio en la región durante el siglo XV a.C. Luego, durante el siglo siguiente, el imperio hitita sustituyó a Mitanni en su hegemonía sobre Siria estableciéndose un nuevo equilibrio de fuerzas que habría de durar hasta la paz firmada durante el reinado de Ramsés II. En medio de este vaivén de coaliciones Ugarit se las arregló para hacer a ambas potencias similares declaraciones de lealtad y permanecer en un difícil equilibrio que le permitió intensificar su tráfico comercial con otros puertos fenicio-cananeos, como Biblos, Tiro, Acre o Ascalón, con Cilicia, Chipre y Creta, además de las grandes potencias entre cuyo juego se hallaba, lo que le permitió incrementar extraordinariamente sus riquezas y acentuar su carácter cosmopolita.

Frecuentemente los monarcas y príncipes de los pequeños estados cananeos disputaban y rivalizaban entre sí, lo que obligaba a menudo a solicitar la intervención egipcia a su favor y en contra de sus enemigos. Esta latente inestabilidad interna podía favorecer en un principio los intereses de Egipto pero con el tiempo terminó por volverse en su contra, a medida que el aumento del poder hitita y el paralelo declive de la posición egipcia fomentaba en Canaán la rivalidad entre estos poderes locales, deseosos algunos de sustraerse al peso de la administración egipcia. De este modo los faraones de la XIX Dinastía que intentaban relanzar la dominación egipcia en Asia tuvieron que hacer frente a una serie de estados rebeldes. Ya Sethi I se vio obligado a combatir una coalición de príncipes cananeos avanzando hasta Qadesh en litigio con el país de Amurru situado bajo la órbita de influencia hitita, y que ya anteriormente había provocado disturbios y defecciones entre las importantes ciudades de la costa. En aquella ocasión Biblos, Beirut, Sidón y Sumur resultaron afectadas lo que había hecho necesaria la intervención del faraón —Amenhotep IV (Akenaton)— y sus ejércitos. Luego la XVIII Dinastía se había hundido en el marasmo y ahora Egipto intentaba sacudirse su entumecimiento y restablecer la soberanía perdida. Ramsés II fue el encargado de enderezar la situación mediante una serie de campañas que precedieron a la paz firmada en 1284 a.C. con Hattusil III que por entonces gobernaba el imperio hitita. Durante un tiempo el territorio disfrutaría de una calma relativa pero nuevas amenazas y presagios sombríos acechaban desde el horizonte.

«... El buen dios, de brazo poderoso, heroico y valiente como Montu; rico en cautivos, que sabe como poner la mano y está alerta donde está, hablando con su boca, obrando con sus manos, valiente jefe del ejército, valeroso guerrero en el mismo corazón del combate; terrible en el combate, penetró en un tropel de asiáticos, haciendo que se postrasen, y así aplastó a los príncipes de Retenu y entró en las propias fronteras del que se opone a su camino. Es el que obligó a retroceder a los príncipes de Jaru (Siria), que se habían mostrado jactanciosos con sus bocas. Ahora los príncipes de todos los países extranjeros de los confines de la tierra dicen: '¿Adónde iremos?'. Y pasan la noche diciendo: '¡Mirad, mirad en sus corazones!, la fuerza de su padre Amón le concedió osadía y victoria'.»

(Campaña de Seti I en Canaán: *ANET*, 253)

«A Milki-ilu, príncipe de Gezer, así dice el rey: Te envío esta carta para decirte: He aquí que te envío a Janya, el lugarteniente de los arqueros, con mercancías para conseguir concubinas hermosas, tejedoras, plata, oro, vestidos, piedras preciosas, sillas de ébano, así como toda clase de cosas buenas; en un total de 160. En suma, cuarenta concubinas: el precio de cada concubina es cuarenta (siclos) de plata. Por tanto envíame concubinas muy hermosas y sin defecto. Y además te dice el rey tú señor: Esto es bueno. Para ti se ha decretado la vida. Sabe que el rey está bien, como el dios sol. Sus tropas, sus carros, sus caballos, están muy bien. He aquí que el dios Amón ha puesto el País Alto, el País Bajo, el sol levante y el sol poniente, debajo de los pies del rey.»

(Carta del archivo de Tell el-Amarnah, en la que el faraón se dirige a su súbdito, el príncipe de Gezer, al que pide que cambie una serie de mercancías por esclavas concubinas para el harén real, *RA*, XIX, p. 125-36)

«Al rey, mi señor y mi dios Sol, dice: Así Biridiya, el leal siervo del rey. A los dos pies del rey, mi señor y mi dios Sol, siete veces y siete veces caigo. Sepa el rey que desde que los arqueros se marcharon, Labayu lleva a cabo hostilidades contra mí, y que no podemos trasquilar la lana, y que no podemos pasar de la puerta en presencia de Labayu, desde que supo que no nos has dado arqueros; y ahora se dispone a tomar Megiddo en persona, pero el rey protegerá su ciudad para que Labayu no se apodere de ella. En verdad, la ciudad es destruida por la muerte a consecuencia de la plaga pestilente. Conceda el rey cien tropas de guarnición para guardar la ciudad, a fin de que Labayu no la tome. Ciertamente no hay otro propósito en Labayu. Intenta destruir Megiddo.

(Carta del archivo de Tell el-Amarnah en la que Biridiya, príncipe de Megiddo se queja ante el faraón del acoso de su vecino Labayu, príncipe de Siquem, *EA*, nº 244)

«Al rey, mi señor, mi dios Sol, mi panteón, dice: Así Shuwardata, tu siervo, siervo del rey y el polvo bajo sus dos pies, el suelo que tú pisas. A los pies del rey, mi señor, el dios Sol del cielo, siete veces, siete veces caigo, tanto postrado como supino. Sepa el rey, mi señor, que el jefe de los apiruse ha levantado en armar contra las tierras que el dios del rey, mi señor, me dio; pero le he castigado. Sepa también el rey, mi señor, que todos mis hermanos me han abandonado, y que yo y Abduheba luchamos contra el jefe de los apiru. Y Zurata, príncipe de Acre, e Indaruta, príncipe de Akshaf, fueron los que se apresuraron con cincuenta carros de guerra —pues yo había sido robado por los apiru—, en mi socorro; pero he aquí que luchan ahora contra mí; por consiguiente, tenga a bien el rey, mi señor, enviarme a Yanhamu, y guerrearemos con diligencia, y vuelvan las tierras del rey, mi señor, a sus límites anteriores.

(Carta del archivo de Tell el-Amarnah que revela la situación de la época: Shuwardata, príncipe de Hebrón, y Abduheba, príncipe de Jerusalem se coaligan contra los poderosos apiru, mientras que antiguos aliados son ahora enemigos, *RA*, XIX, p. 106)

«Todos los asiáticos de Biblos, de Ullaza, de Iyanaq, de Moab, de Iymuaru, de Qehermu, de Rehob, de Yarimuta, de Inhia, de Aqhi, de Arqata, de Yarimuta, de Betsan, de Ascalón, de Demitiu, de Mutilu, de Jerusalem, de Ahmut, de Iahenu y de Iysipi; sus hombres fuertes, sus veloces corredores, sus aliados, sus asociados y los vecinos de Asia; que puedan rebelarse, que puedan conspirar, que puedan luchar, que puedan hablar de luchar o que puedan hablar de recelarse en toda esta tierra.»

(Fragmento de un texto egipcio de execración del Imperio Medio, por el que se ejercía la magia maldiciendo a los enemigos auténticos o posibles, *ANET*, 328)

4. La economía y la sociedad durante la Edad del Bronce

Nuestro conocimiento de la vida económica y social de Canaán durante la Edad del Bronce es muy pobre. Las fuentes son escasas y apenas cubren determinados períodos quedando otros completamente vacíos de información. Así bien poco es lo que sabemos del período que denominamos Bronce Antiguo si bien podemos entrever una cierta diferenciación entre el sur y el norte del país, pareciendo este último más rico y más poblado. De igual forma, apoyándonos sobre algunos pocos datos dispersos procedentes de las excavaciones de Biblos o de los archivos de Ebla podemos aventurar que la organización de las comunidades cananeas urbanizadas no debía diferir mucho de aquellas otras que conocemos en Siria y Mesopotamia. La actividad económica se encontraba sin duda regida por un sistema de tipo palaciego que centralizaba el excedente de la producción agrícola y manufacturera, muy desarrollada ya como se observa en la cerámica, para hacer frente a las diversas necesidades del Estado.

Nuestra comprensión acerca de la economía y la sociedad mejora un tanto a partir del II milenio a.C. debido a un mayor acopio documental, y sobre todo para el período que llamamos Bronce Reciente o Tardío iluminado por los textos procedentes de Ugarit y las cartas de El-Amarna. A comienzos del Bronce Medio, después de la interrupción ocasionada por la instalación de poblaciones nómadas o seminómadas en la región, se aprecia en general un rápido crecimiento de las ciudades, lo que podría interpretarse como un signo de prosperidad, aunque tal vez pudiera también pensarse en cierta inestabilidad que afectara al ámbito rural debido a la presencia de las bandas amoritas. En cualquier caso ambas cosas no son excluyentes y otros datos apuntan en dirección a un despegue económico: tal es el caso del desarrollo técnico que se observa en la metalurgia y en la cerámica. Este despertar de la actividad económica después del lapso que separa el Bronce Antiguo del Bronce Medio pudo haber sido posteriormente favorecido cuando la independencia llega a Canaán al ser invadido Egipto por los hicsos. Todo parece indicar que el auge de la actividad económica durante este período sentó las bases del importante desarrollo cultural atestiguado durante la siguiente fase o Edad del Bronce Reciente.

La explotación de la riqueza maderera de los montes del Líbano constituía uno de los pilares básicos de la economía cananeo-fenicia al menos en aquellos lugares en que tal riqueza resultara asequible. El otro correspondía al comercio que los principales puertos como Biblos y Ugarit realizaban en todas direcciones: Creta, Chipre, Siria del norte, Cilia, Mesopotamia y Egipto recibían a través de ellos las riquezas del país y los productos de su artesanía. Las manufacturas se encontraban muy desarrolladas y existían industrias altamente especializadas como las de la talla de marfil, la de productos textiles y la de tinturas de púrpura. Los artesanos transmitían su oficio de padres a hijos y se encontraban agrupados en corporaciones profesionales de albañiles, alfareros, herreros, curtidores, tejedores, etc., semejantes a guildas o gremios y situados comúnmente bajo la autoridad del palacio o de un templo. De éstos recibían la materia prima necesaria y a los mismos debían de hacer entrega del producto final manufacturado. La calidad técnica alcanzada fue muy grande como revelan los marfiles encontrados en Ugarit y Megiddo. La agricultura fue igualmente próspera como se advierte en los testimonios bíbli-



Cabeza femenina procedente de Ugarit
(Siglo XIV)
Museo Nacional de Damasco

cos acerca de la tierra de Canaán:

«Ahora, Yahvé, tu Dios, va a introducirte en una buena tierra, tierra de torrentes, de fuentes, de aguas profundas, que brotan en los valles y en los montes; tierra de trigo, de cebada, de viñas, de higueras, de granados; tierra de olivos, de aceite y de miel; tierra donde comerás tu pan en abundancia y no carecerás de nada...»

(*Deuteronomio*, 8, 8)

El aprovechamiento agrícola era intensivo. Las laderas de las colinas estaban preparadas con pretiles y terrazas para evitar que las lluvias arrastrasen la tierra monte abajo. A finales del otoño, cuando las grandes lluvias habían caído, se iniciaban el laboreo y la siembra. Desde abril se cosechaba la cebada y el trigo se recogía en mayo o junio. Los frutos de las vides maduraban a partir de julio pero la vendimia no se realizaba hasta llegado septiembre. Al igual que en otros países mediterráneos las hortalizas y los cultivos arbóreos eran preferentes del entorno rural de las ciudades. En estas campiñas los pequeños y medianos propietarios trabajaban sus tierras que se componían por lo general de un huerto, una viña y un olivar, realizándose la transformación de los productos que proporcionaban en la misma explotación que constaban de las instalaciones adecuadas. Muy importante era la ganadería de la que se obtenían productos básicos como la leche de las cabras y la excelente lana de las ovejas. La apicultura debió de ser igualmente importante y los textos bíblicos celebran con frecuencia la abundancia de la tierra cananea de la que «manan leche y miel».

El contorno urbano se encontraba dominado por las grandes construcciones de los palacios y los templos. La acrópolis amurallada se alzaba sobre el paisaje de la ciudad que se encontraba protegida por la existencia de un recinto exterior. Las fortificaciones, en un principio de tierra apisonada, fueron sustituidas luego por muros de piedra, como en Siquem o Jericó, levantados sobre cimientos de factura ciclópea. La ciudad formaba una unidad política, económica y social sobre un territorio circundante que administraba. Aquél de Ugarit no era muy extenso por lo que debemos pensar que sus riquezas obedecían sobre todo al tráfico comercial que controlaba. En el sur de Canaán las ciudades dependían más del aprovechamiento de su entorno agrícola y de su situación geopolítica que del tránsito de mercancías a gran escala. En los espacios intermedios de las ciudades vagaban poblaciones seminómadas de configuración muy inestable. De entre los seminómadas que merodeaban en el Canaán meridional surgieron, al parecer, algunos grupos que penetraron en Egipto formando parte de la migración de los hicsos. Posteriormente encontraremos en este mismo ámbito a otros merodeadores, los *hapiru*, sobre cuyos orígenes subsisten muchas incógnitas, y que actuaron como un factor muy importante de inestabilidad en la zona. Durante el Bronce Reciente hallamos a menudo a estas bandas recorriendo los territorios entre las ciudades, empleándose como mercenarios de sus príncipes y participando de esta forma en los conflictos que enfrentaban a los poderes locales. En época de Amenhotep IV, coincidiendo con un debilitamiento de la dominación egipcia en la zona, los *hapiru* llegaron a apoderarse de centros importantes como Gezer, Askalón y Lakish.

Desde una perspectiva étnica cabe destacar en la región la existencia de un sustrato de origen hurrita, mucho más fuerte en el Canaán septentrional, y de elementos de procedencia indoirania que en algunos lugares llegaron a establecerse en el poder. Culturalmente fueron sin embargo absorbidos por el sustrato semita occidental precedente y así tanto la lengua como la religión se mantuvieron ca-

naneas. En realidad se puede afirmar que durante el Bronce Medio y Reciente pese a la multiplicidad de contactos e influencias y a la presencia de elementos étnicos foráneos, el modo de contacto político-diplomático, de la circulación comercial y tecnológica, de la presencia extranjera, e incluso la forma de intervención militar no atacaron en profundidad la cultura local, si bien las capas sociales superiores, como en ocasiones suele ocurrir en estos casos, se mostraron sustancialmente más permeables a las influencias procedentes del exterior (Liverani, 1983, 518).

Los archivos de Ugarit nos permiten hacernos una idea aproximada de la organización social, aunque ignoramos si puede ser extendida al conjunto del país. En cualquier caso parece lógico suponer que no diferiría mucho de la de otros centros comerciales mencionados en los documentos egipcios como Arvad, Sumur, Biblos, Beirut, Sidón, Tiro y Acre. La cúspide de la pirámide social estaba integrada por una aristocracia que constituía el eje militar y administrativo de la monarquía. Entre estos aristócratas —*maryannu*— no eran raros los individuos aculturados de origen indoiranio que según parece introdujeron el caballo como animal de tiro de los carros de combate. Durante el período de la dominación de Egipto el poder del monarca era absoluto en cuestiones de política interior, pero de cara a la administración egipcia no era más que un subalterno del gobernador de Canaán con residencia en Gaza por lo que frecuentemente recibía el título de *hazanu* («alcalde»). La clase media estaba constituida por los *purina* propietarios de tierras que vivían como campesinos y artesanos y los *tamkaru* dedicados a las actividades comerciales. Los *sabe name* formaban la población campesina sin tierras y podían trabajar en los latifundios o en los palacios reales. Los siervos —*hupshe*—, los esclavos y los prisioneros de guerra —*ashiru*— componían los estratos no libres de la población. En las ciudades comerciales el desarrollo del derecho de corte individualista condicionado por el comercio tendió sin duda a disolver las viejas formas de la organización familiar extensa con base patrimonial, todavía fuertes en las áreas rurales y en el Canaán meridional, y a equiparar la situación de la mujer con la del hombre. La población libre se encontraba sometida a servicios y prestaciones al Estado muchas de ellas de carácter militar. Entre la aristocracia el servicio se encontraba determinado por la función administrativa o cortesana que desempeñaban, al tiempo que participaban en el ejército como expertos conductores de carros. Los artesanos estaban igualmente obligados a un servicio profesional —*pilku*— de acuerdo con su especialización. En contrapartida unos y otros recibían tierras del monarca sobre cuya explotación debían satisfacer determinadas tasas. En ocasiones las tierras concedidas por el rey estaban exentas de servicios y se convertían en bienes patrimoniales con los que se recompensaba el trabajo de funcionarios distinguidos y eficaces. La promoción profesional era un hecho y el mismo rey, que promovía a los más aptos a los puestos de responsabilidad, podía conceder la nobleza hereditaria a uno de sus vasallos como recompensa a sus servicios.

5. El final de la Edad del Bronce

Los últimos momentos de la Edad del Bronce se van a ver sacudidos por una serie de acontecimientos que transformarán en profundidad la fisonomía del país fenicio-cananeo. Las grandes ciudades y puertos de comercio que hasta ahora habían gozado de una prosperidad sin parangón, co-

mo Biblos y Ugarit, entrarán en decadencia o desaparecerán, siendo sustituidas por otras que —es el caso de Tiro y Sidón— no habían poseído hasta el momento más que una importancia secundaria. Al mismo tiempo parte del territorio cananeo será ocupado por nuevas poblaciones lo que producirá una reducción apreciable del mismo.

Hacia mediados del siglo XIII a.C., los israelitas, en éxodo desde Egipto de donde salieron en época de Ramsés II, comienzan a instalarse en la mitad meridional de Canaán. Se trataba de un contingente de nómadas, en contra de lo que se cree, bastante heterogéneo, carentes de una organización militar eficaz y desprovistos de carros de guerra y máquinas de sitio, por lo que no eran capaces de combatir en la llanura, donde los carros contrarios les habrían aniquilado, ni de apoderarse de las ciudades fenicio-cananeas bien defendidas por sus murallas. Su baza radicaba en las incursiones y los ataques sorpresa contra poblaciones, y la toma de ciudades, como Jericó, fue realmente escasa. Aún así se vieron favorecidos por la fragmentación política de que hacían gala los cananeos, divididos y a menudo enemistados unos con otros, lo que en su momento había favorecido también los intereses de la dominación egipcia y había sido incluso alentado por los mismos faraones. De este modo se apoderaron de las regiones escarpadas del interior diseminándose en territorios distantes separados por poblaciones fenicio-cananeas. Así llegaron a asentarse al este del Jordán en las regiones de Jericó y Siquem en donde en buena parte se asimilaron con la población local.

Pero otra catástrofe mucho más terrible se cernía sobre Canaán que saldría profundamente transformado de la prueba. Los «Pueblos del Mar» avanzando en dirección norte-sur habían provocado ya la caída del imperio hitita y se preparaban para su acometida a Egipto. La amenaza era muy seria y el dramatismo de la situación se refleja perfectamente en las cartas de los archivos de Ugarit que dan noticias de la proximidad de barcos y del desembarco de fuerzas enemigas. La oleada arrasó Ugarit, que no volvería a ser reconstruida, destruyó parcialmente Tiro y en el sur del país Gaza, Ascalón, Asdod, y Ekron, entre otras, fueron ocupadas por una nueva población: los *peleset* o filisteos que darían su nombre a la región. Algunas de las ciudades que habían escapado de la magnitud del desastre fueron afectadas secundariamente como Sidón, que sufrió los ataques de los filisteos asentados en Ascalón pero que aún así se encontraba en condiciones de repoblar Tiro (Justino, XVIII, 3, 5; Josefo, *An. Jud.*, VIII, 62) que se fortificó sobre el islote que junto a la costa ocupaba (Josué, XIX, 29; II Samuel, XXIV, 7). Otros pueblos emparentados también con los invasores parecen haberse establecido en la zona, según se ve en el relato de Wen-Amon, funcionario del templo de Amón en Karnak enviado a Biblos en busca de madera para la barca ceremonial del dios en tiempos de los comienzos de la XXI Dinastía egipcia, y que menciona el puerto de Dor ocupado por los piratas *tjeker* (ANET, 26). Luego llegarían los arameos, mezclándose en parte con la población del país y enriqueciendo la lengua fenicia con sus propias aportaciones.

Como resultado de todas estas violentas migraciones tan sólo la franja costera central del territorio fenicio-cananeo conservó una virtual independencia. En el sur los filisteos, que habían suplantado a la población local que tuvo que retirarse, y que se distinguían a diferencia de los cananeos por realizar acciones concertadas desde sus centros fortificados, lo que les daba mucha más fuerza, chocaron con los israelitas en torno a finales del siglo XI a.C. Estos, aunque consolidados, permanecían cultural-


Fenicia
Alalah
Alepo
Ugarit
(Ras Shamra)
Shukshan
(Tell Suqas)
Hama
CHIPRE
Kition
R. Orontes
ARVAD
(Ruad)
Amrit
Qadesh
Trípoli
Ribleh
MAR MEDITERRANEO
Kafar
MONTES DEL LIBANO
Hilda
Biblos
Baalbek
R. Nahr el Kelb
Beirut
Khaldé
Kamit (Kamed el-Loz)
Ain Ydlal
Sidón
Kafar Djarra
Sarepta
Damasco
Kharayeb
MT. HERMON
Tiro
Oum el-Amad
Hazor
Acre
R. Kishon
Nazareth
MT. CARMELO
Dor
Megiddo
R. Jordán
Samaria
Jaffa
Jericó
Ascalón
Jerusalén
Gaza

mente marginados en un medio predominantemente fenicio, si bien desde un punto de vista político extensas zonas comenzaron a escapar al control cananeo. El norte aparecía desvastado: Ugarit y la más septentrional Alalah, próxima a la desembocadura del Orontes, habían desaparecido para siempre. Fue la extinción de estos importantes centros de comercio, el uno fenicio-cananeo al menos culturalmente, el otro sirio, lo que determinó el auge de otras ciudades que hasta entonces habían permanecido en un segundo plano una vez que el temporal desencadenado por los «Pueblos del Mar» perdió fuerza. Durante un tiempo, que nos es difícil precisar, las comunicaciones permanecieron colapsadas en el Mediterráneo Oriental, lo que no favorecía precisamente las expectativas de aquéllos que tradicionalmente habían vivido del comercio. Pero luego la calma llegó y con ella un despertar económico y cultural que llevaría la historia de Fenicia hasta unas alturas hasta entonces jamás alcanzadas.

6. La Primera Edad del Hierro

Durante el período que sigue a la tremenda crisis ocasionada por las invasiones de los Pueblos del Mar asistimos a la concatenación de una serie de factores que permitieron una pronta recuperación y un rápido desarrollo del mundo fenicio, aunque territorialmente éste se encontrara ahora mermado. El primero de ellos fue la desaparición, caso que afectó particularmente a los hititas, o el debilitamiento, como ocurrió con los egipcios, de los imperios circundantes. Esto no podía sino favorecer las expectativas de autonomía en la región. Otro fue el hundimiento de la civilización micénica que durante los últimos siglos XIV y XIII a.C. había ejercido una auténtica talasocracia sobre el Mediterráneo Oriental penetrando también en dirección a Occidente hasta alcanzar las costas más alejadas de Italia. Finalmente factores de índole interna estimularon este proceso. Aunque a comienzos del siglo XI a.C. los ejércitos de Tiglat-Pilaser I de Asiria habían impuesto tributo a las ciudades de Biblos, Sidón y Arvad el acontecimiento no volvió a repetirse hasta unos dos siglos más tarde por lo que los fenicios disfrutaron de una etapa prolongada que se caracterizó por la ausencia de injerencias procedentes del exterior.

En el plano interno es necesario resaltar la presencia de una serie de fenómenos que iban a condicionar en gran medida el inmediato desarrollo de la historia de este pueblo. Debemos insistir en primer lugar en la existencia de un incremento demográfico notable favorecido por las condiciones generales de paz y que se percibe en el crecimiento en altura que experimentan las ciudades debido al costreñimiento urbano condicionado por las limitaciones topográficas, y en la práctica de sacrificios *molok* en los que niños de corta edad o recién nacidos eran inmolados como víctimas propiciatorias a las divinidades tutelares en respuesta a la presión demográfica y como una forma de infanticidio encubierto. Hay pocas dudas respecto a lo primero: los relieves asirios nos muestran este rasgo peculiar de las ciudades fenicias en el que también insisten las tradiciones clásicas (Estrabón, XVI, 2, 23). Y en lo que se refiere al *molok*, aunque se discute sobre el grado de su frecuencia, nadie parece dispuesto a negar su existencia entre los fenicios de este período que lo transmitirían a sus sucesores que colonizaron el Mediterráneo. Pues parece lógico considerar que la evidente difusión del *molok* entre los posteriores fenicios occidentales de tiempos de la colonización obedece a una herencia de sus antecesores orientales. De cual-

quier forma, hay suficientes razones de orden histórico y antropológico que permiten afirmar que entre las sociedades primitivas y arcaicas los aspectos rituales y religiosos de tales prácticas no hacen sino enmascarar una realidad mucho más cruda, determinada por las repercusiones psicológicas del infanticidio no declarado como única forma eficaz de limitar los efectos de un importante ascenso de la curva demográfica. Y ya que comúnmente la práctica del *molok* ha sido utilizada desde la misma Antigüedad para denigrar el carácter del pueblo fenicio se hace necesario, a fin de conseguir una visión más objetiva y no viciada por prejuicios de tipo ético y moral, decir algo en su defensa.

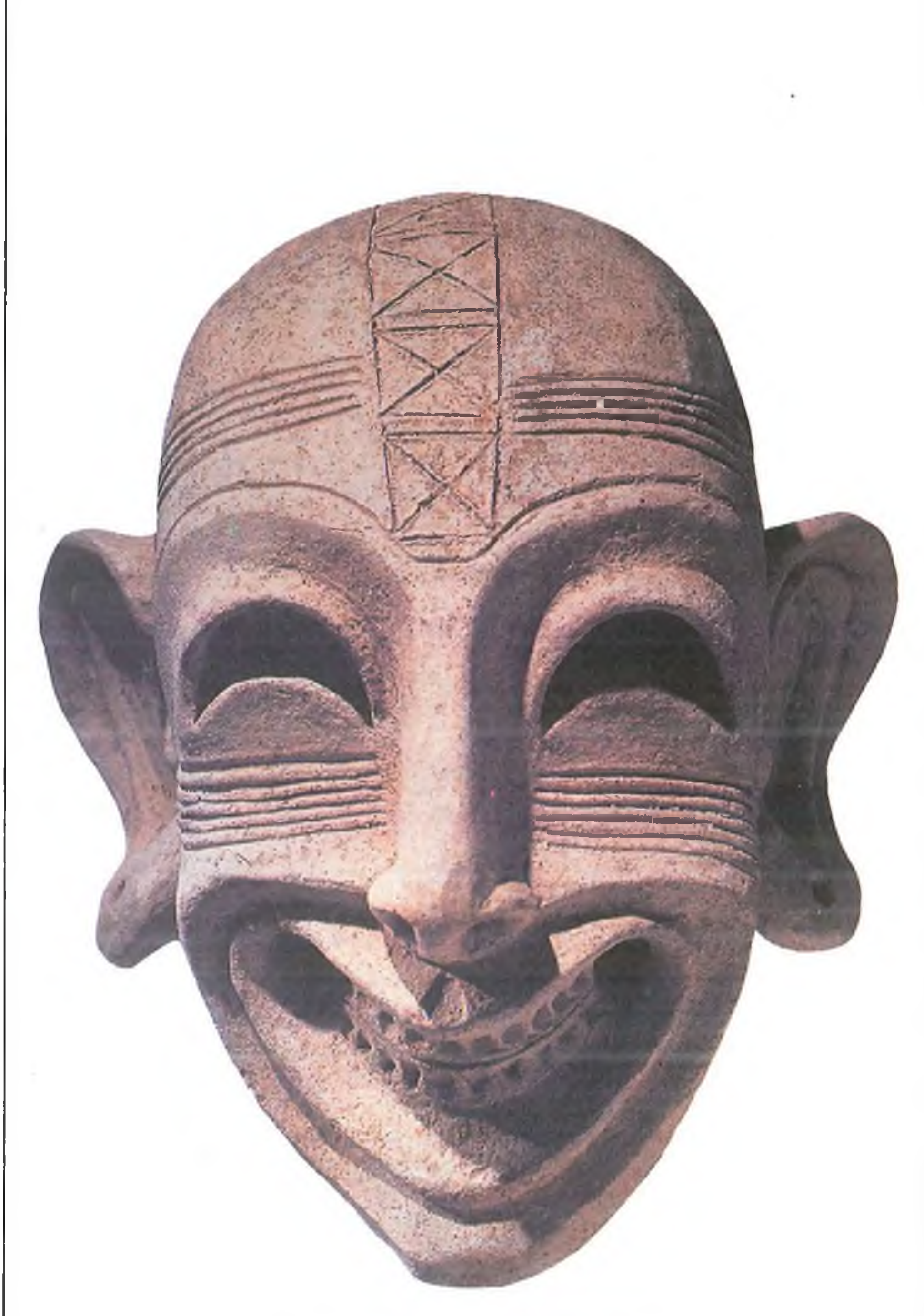
Los fenicios no fueron los únicos que practicaron con mayor o menor regularidad una forma de infanticidio encubierto en el mundo antiguo, sacralizada en este caso bajo el aspecto de un ceremonial religioso. Las culturas que poblaron el Mediterráneo durante la Antigüedad, con los condicionamientos socio-económicos imperantes y las prácticas sexuales admitidas, no escaparon a esta trágica suerte bajo la presión de las tensiones reproductivas, y existen elementos de juicio más que suficientes para sospechar que el infanticidio, encubierto o no, fue una práctica relativamente frecuente en ambas márgenes del Mediterráneo. De esta forma «un niño venido al mundo en Cartago no corría prácticamente más peligro de ser quemado en el fuego del *molok*, que un pequeño de Atenas o de Roma de ser abandonado en una esquina de la calle, sobre un montón de inmundicias, a merced de las bestias o de un mercader de esclavos que, en el mejor de los casos, le vendría quizá a recoger» (Picard, 1958, 152). Además, etnólogos y antropólogos han puesto de manifiesto como la mayor parte de las sociedades y culturas pre-industriales se deshacen de una u otra forma de aquellos hijos no deseados, generalmente mediante algún tipo de infanticidio encubierto con lo que se intenta limitar las implicaciones conductuales y psicológicas que tales prácticas implican.

Volviendo a la temática que nos ocupa, debemos insistir ahora en la presencia de otro rasgo propio de la evolución interna de Fenicia durante este período. Se trata de un notable deterioro del medio ambiente con repercusiones especialmente graves en la productividad agrícola y que viene a sumarse al ya indicado crecimiento demográfico. Este deterioro ambiental, o si se prefiere, ecológico, arranca de un proceso de desforestación muy acusado sobre el que inciden diversas causas. Por un lado la explotación de la riqueza forestal de los montes del Líbano, que iniciada en fechas muy antiguas se mantiene como una constante a lo largo de dos milenios (Brown, 1969, 175 ss.). A ello se añade el aprovechamiento de la madera en manufacturas como la fabricación de vidrio, la cerámica, la metalurgia y la extracción de púrpura. Y no se debe olvidar tampoco los efectos producidos por la ganadería ya que de una parte los pastores estaban también interesados en talar los bosques para ampliar su zona de pastos, mientras que las fronteras políticas y las barreras geográficas forzaron a practicar un seminomadismo estacional en un territorio excesivamente limitado, con lo que la vegetación quedaba expuesta a un peligroso sobrepastoreo y se agudizaba la competencia entre agricultores y pastores por la explotación de los mismos suelos. Como consecuencia de la combinación de todos estos factores, la desforestación, cada vez más avanzada, privaba a los suelos de su cubierta vegetal, exponiéndolo de esta forma a la acción de los agentes erosivos, especialmente las lluvias que arrastran las capas superficiales de las tierras altas. La desaparición progresiva de los bosques inci-

día también en la alteración del régimen de lluvias, cada vez más escasas a medida que decrecía la masa forestal, acentuando de este modo la sequedad del clima. Y al final toda esta serie de circunstancias tuvo importantes repercusiones que afectaron el modo de vida de las poblaciones fenicias y alteraron incluso algunos elementos de índole política. Así, el declive que experimenta la ciudad de Biblos a partir de esta fecha está en inmediata relación con la desaparición de los bosques cercanos de su franja costera, y, por otra parte resulta evidente que todas estas alteraciones del medio ambiente acabaron por afectar al ámbito de la producción agrícola.

Los textos contemporáneos del Antiguo Testamento nos informan claramente de que al menos para el siglo X a.C. el territorio fenicio era incapaz de producir los alimentos necesarios para mantener a su población en aumento. Por ello se traían de los países vecinos como Israel y Siria productos agrícolas —aceite, vino, cereales, etc.— (I *Reyes*, 5, 11, II *Crónicas*, 2, 7-9; *Isaías*, 23, 3; *Ezequiel*, 27, 17-8) que los fenicios no estaban en condiciones de obtener en su limitado y empobrecido territorio. De esta forma pasaron a depender de los países de su entorno para garantizar su abastecimiento agrícola ante lo cual precisaron desarrollar nuevas estrategias económicas para facilitar tales importaciones. Como había que pagar el alimento que se obtenía del exterior y la riqueza de sus bosques era cada vez más escasa desarrollaron un especializadísimo sistema de manufacturas que poder emplear como medios de intercambio. Ello intensificó a su vez la búsqueda de materias primas necesarias para su desarrollo y, puesto que su entorno geográfico no era muy abundante en ellas, utilizaron su vieja experiencia marítima para alcanzar, cruzando las aguas tras las rutas que ya había abierto el comercio micénico, lugares cada vez más lejanos. Se iniciaba así una expansión por el Mediterráneo que les llevaría a colonizar buena parte de sus islas y tierras ribereñas.

A partir de ahora se aprecia un cambio significativo en el contexto del comercio fenicio. Las importaciones de los países vecinos se componen en buena medida de productos agrícolas mientras que le son exportados una amplia gama de manufacturas que incluía tejidos, recipientes metálicos, marfiles, vidriados, muebles, cuando no se exportaba a los propios artesanos especializados como los que realizaron la construcción del templo de Salomón en Jerusalem. Con anterioridad el comercio fenicio había traficado fundamentalmente con riquezas naturales, como los cedros del Líbano, la sal y la púrpura y había servido de intermediario a los productos de Egipto, Siria, Mesopotamia, Asia Menor, Creta y el Egeo. Ahora las manufacturas fenicias, que hasta entonces habían satisfecho sobre todo la demanda de las élites locales y participado ocasionalmente en el comercio con aquellos países, pasan a un primer plano. La búsqueda de nuevas fuentes de materias primas que conlleva hace necesario a su vez la manufacturación de nuevos artículos que utilizar como objetos de intercambio allí donde aquéllas se encuentren, lo que incentiva el desarrollo de todo el entramado manufacturero fenicio que adquiere ahora tintes de una auténtica industria, al tiempo que impulsa a la exploración de nuevos territorios capaces de proporcionar los recursos necesarios para ésta. El debilitamiento del sistema de economía palacial, ocasionado en buena medida por las crisis que pusieron fin a la Edad del Bronce, permitió el desarrollo de la iniciativa y la empresa privada que sin duda favoreció todo este proceso bajo la protección económica muchas veces de los templos. Otro factor que apuntaba en la



Máscara púnica procedente de Cartago
(Siglo VI a.C.)
Museo del Bardo

«Los de Tasos, que proceden de los fenicios que con Taso hijo de Agénor partieron de Tiro y de toda Fenicia en busca de Europa, ofrecieron en Olimpia un Heracles cuya base es, como la misma estatua, de bronce. La altura de la estatua es de diez codos, tiene la clava en la mano derecha y en la izquierda el arco. He oído que en Tasos veneraban al mismo Heracles que los tirios (Melkart), pero que al unirse a los griegos rindieron también culto a Heracles hijo de Anfitrión.»

(Pausanias, V, 25, 12)

«De Libia y Posidón, nacieron gemelos, Agénor y Belo. Agénor marchó a Fenicia donde reinó y fue origen de la gran estirpe; por ello diferimos hablar de él. Belo permaneció en Egipto y fue rey; se casó con Anquínoe, hija del Nilo, y tuvo hijos gemelos, Egipto y Dánao, y según Eurípides además Cefeo y Fineo. Belo estableció en Libia a Dánao y en Arabia a Egipto —quién también subyugó el país de los melámpodes y lo denominó Egipto, como él—. De múltiples mujeres tuvieron Egipto cincuenta hijos y Dánao cincuenta hijas. Más tarde, al surgir entre ellos la rivalidad por el trono, Dánao, por temor a los hijos de Egipto, construyó él primero una nave con el consejo de Atenea, y embarcando en ella a sus hijas huyó. Al arribar a Rodas erigió la estatua de Atenea Lindia. Desde allí marchó a Argos, donde Gelanor, entonces rey, le cedió el trono; una vez adueñado del país llamó dánaos a sus habitantes... Agénor marchó a Fenicia, donde, casado con Telefasa, procreó una hija, Europa, e hijos, Cadmo, Fénix y Cílix; algunos dicen que Europa no era hija de Agénor sino de Fénix. Zeus, enamorado de ella, se transformó en un toro manso y sobre su lomo la llevó por mar hasta Creta. Unida allí a Zeus, engendró a Minos, Sarpedón y Radamantis; pero según Homero (*IL*. V, 198-9), Sarpedón era hijo de Zeus y Laodamía, hija de Belerofontes. Cuando Europa desapareció, su padre Agénor envió a los hijos en su busca, prohibiéndoles regresar sin ella. También fueron con ellos su madre Telefasa, y Taso, hijo de Poseidón o, según Ferecides, de Cílix. Incapaces de encontrarla tras intensa búsqueda, determinaron no volver a su hogar y se establecieron en diferentes regiones: Fénix en Fenicia, y Cílix cerca, y toda la zona bajo su dominio, cerca del río Píramo, la llamó Cilicia. Cadmo y Telefasa vivieron en Tracia; igualmente Taso, tras fundar la ciudad de Tasos en una isla cerca de Tracia, la habitó.»

(Apolodoro, II, 1, 4; III, 1, 1)

misma dirección fue la transformación de la vieja economía del Bronce en una más moderna del Hierro lo que hacía necesario buscar las fuentes de aprovisionamiento de este metal. Todo ello explica suficientemente los orígenes de la expansión fenicia por el Mediterráneo a los que las tradiciones literarias que nos han llegado conceden, como veremos, una notable antigüedad.

Durante los momentos iniciales de la Primera Edad del Hierro (1200-900 a.C.) Sidón parece haberse convertido en la ciudad más importante de Fenicia (Röllig, 1982, 20) como viene a deducirse del hecho de que en los poemas homéricos lo fenicio sea sinónimo de sidonio, lo mismo que ocurre en no pocos pasajes bíblicos (*Deut*, 3, 9; *Jueces*, 10, 12; 18, 7; I *Reyes*, 5, 20; 11, 5 y 33; II *Reyes*, 23, 13), y la misma Sidón aparezca como el principal centro del comercio fenicio. Algo similar indica el que buena parte de las fundaciones fenicias más antiguas en el Mediterráneo, como Kitión en Chipre y Cythera, poseyeran templos de Afrodita-Astarté siendo esta diosa la principal divinidad de Sidón. Ello pudo muy bien haber sido debido a la destrucción de Ugarit y Tiro por los «Pueblos del Mar» por una parte, y al declive que contemporáneamente experimentó Biblos como consecuencia del agotamiento de las riquezas forestales cercanas. Probablemente el hecho de que Sidón constituyera la salida marítima natural para los productos procedentes de la región de Damasco, con la que se mantenía ahora un activo tráfico, tuvo una contribución importante en todo ello. En cualquier caso la supremacía sidonia no fue duradera y al menos a partir del siglo X a.C. Tiro se

había convertido en la más activa e importante ciudad de Fenicia capaz de colonizar Chipre y de realizar empresas comerciales de gran envergadura tanto por el Mediterráneo como por el Mar Rojo. Es la época de Hiram I, aliado de Salomón, a quien proporcionó una importante ayuda material y técnica para la construcción de su palacio y del templo de Jerusalem (I *Reyes*, 6-7). Esta estrecha colaboración entre los dos estados, a través de la cual los fenicios de Tiro proporcionaban también cobertura marítima a las empresas comerciales de Salomón mediante el envío y la construcción de las famosas «naves de Tarsis», a cambio de lo cual recibían fundamentalmente productos agrícolas que su limitado territorio no alcanzaba a producir, habría de mantenerse durante algún tiempo más, aún después de la división del reino de Salomón en los estados de Israel y Judá. Hiram de Tiro parece haber sido uno de los monarcas responsables del engrandecimiento de su ciudad en el aspecto urbano con la construcción de nuevos santuarios a Melkart y Astarté, y en el político, extendiendo la influencia de Tiro sobre Chipre adonde incluso hubo de enviar una expedición ya que los habitantes de la colonia fenicia de Kitión rehusaban pagar el tributo (Josefo, *Contra Ap.*, I, 118-9).

7. La expansión fenicia por el Mediterráneo

Las tradiciones antiguas son unánimes a la hora de remontar a unas fechas bastante tempranas los orígenes de la expansión fenicia por el Mediterráneo. Estrabón (I, 3, 2) afirma que los fenicios fundaron colonias fuera de las Columnas de Hércules (Gibraltar) poco tiempo después de la Guerra de Troya, cuya caída se fecha tradicionalmente en el 1184 a.C. Veleyo Patérculo cuenta cómo en el tiempo del retorno de los heráclidas (las invasiones dorias), unos ochenta años después de la caída de Troya, la flota de Tiro que dominaba los mares fundó Gadir junto a las Columnas de Hércules y que Utica, en el litoral norteafricano, fue fundada poco después (*Hist. Rom.*, I, 2, 3). Plinio (*Hist. Nat.*, XVI, 216) por su parte remonta la antigüedad de Utica a mil ciento setenta y ocho años antes de aquél en que él escribía (77 d.C.) lo que concuerda con las informaciones anteriores. Finalmente el Pseudo Aristóteles mantiene que la fundación de Utica acaeció doscientos ochenta y siete años antes que la de Cartago (*De mirab. auscultationibus*, 844 a, 6). Como la fecha tradicional de la fundación de ésta se establece en el 814 a.C. mediante el cómputo olímpico (Cartago habría sido fundada treinta y ocho años antes de la primera olimpiada que se celebró en el 776 a.C.), ello nos remonta hasta el 1101 a.C. para la fecha de la fundación de Utica, lo que, como se aprecia, coincide muy de cerca con lo afirmado por nuestras otras fuentes. También Diodoro de Sicilia recoge los ecos de esta temprana expansión marítima:

«Los fenicios, habiendo triunfado en sus empresas, acumularon grandes riquezas y resolvieron navegar hacia el mar que se extiende fuera de las Columnas de Hércules y que es llamado Océano. En un principio fundaron en Europa, cerca del paso de las Columnas, una ciudad a la que dieron el nombre de Gadir» (V, 20).

Tampoco es posible ignorar, como demasiado frecuentemente se viene haciendo, el contenido de muchos mitos y leyendas griegas que hablan de una antigua presencia de los fenicios en Grecia y el Egeo. El mismo Heródoto (II, 44, 4) atribuye a los fenicios que partieron hacia Europa la construcción de un viejo santuario a Hércules-Melkart en la isla de Tasos, situada en el Egeo septentrional fren-

te a las costas de Tracia, y en otro pasaje de su obra nos habla de su colonización por los fenicios (VI, 47). Este mismo autor recoge la leyenda de Cadmo, mítico rey de Tiro que andaba a la búsqueda de su hermana Europa que había sido raptada por Zeus y que con un grupo de fenicios se estableció en el territorio de Beocia donde introdujeron el culto a Dionisos (II, 49, 3; V, 57-56). En otra ocasión el historiador narra la fundación del más antiguo oráculo de Grecia, el de Zeus en Dodona, por una sacerdotisa egipcia del templo de Amón en Tebas, que fue raptada y conducida a la Hélade por unos fenicios (II, 54-56). Otras leyendas hablan del establecimiento de los fenicios en Rodas en tiempos de la Guerra de Troya adonde habrían sido conducidos por su príncipe Falanto y de donde más tarde serían expulsados por Iflico, jefe de los invasores dorios (Ateneo, VIII, 360). En Creta, la ciudad de Itanos, es considerada tradicionalmente como una fundación fenicia y otras tradiciones recordadas por los griegos de época clásica evocaban la temprana colonización por los fenicios de Cythera, Melos, Thera, Corinto y otros lugares griegos (Heródoto, I, 105, Tucídides, I, 8).

No cabe duda de que todos estos testimonios no hacen sino ilustrar un largo proceso de relaciones económicas y culturales entre el mundo fenicio y el griego en una época en que los helenos, tras los desastres que habían provocado la desaparición de la civilización micénica, experimentaban un fuerte retroceso cultural y técnico. De nuevo el propio Heródoto es bastante explícito al respecto:

«Ya que hice mención de los fenicios venidos en compañía de Cadmo, de quienes descendían dichos gerifeos, añado que entre otras muchas artes que enseñaron a los griegos establecidos ya en su país, una fue la de leer y escribir, pues antes de su venida, a mi juicio, ni aún las figuras de las letras corrían entre los griegos. Eran éstas, en efecto al principio las mismas que usan todos los fenicios, aunque andando el tiempo, según los cadmeos fueron mudando de lenguaje, mudaron también la forma de sus caracteres» (V, 58).

Todo parece indicar que mucho antes de Homero, en cuyos poemas se describe en varias ocasiones (*Iliada*, XXIII, 743-5; *Odisea*, XIV, 290-7; XV, 455) a los marineros y comerciantes fenicios que frecuentaban habitualmente los puertos griegos, las relaciones entre Grecia y Fenicia fueron estrechas y no tanto por iniciativa de los griegos que atravesaban ahora por unos siglos oscuros de su historia, sino de los fenicios que iniciaban una expansión marítima que debía llevarles a colonizar buena parte del mediterráneo. En contacto con el mundo etrusco aportaron igualmente los rudimentos de la escritura alfabética a esta civilización itálica que luego habría de transmitirlos al mundo romano.

Apoyándose en sus conocimientos de los astros que facilitaban la navegación nocturna y en una serie de mejoras técnicas relativas a la construcción de sus barcos que aparecen precisamente ahora, como son el empleo del betún con el que se calafateaba el casco asegurando así la impermeabilidad de la carena o el diseño cada vez más alargado del casco de cuadernas lo que confería una mayor navegabilidad a la embarcación, los fenicios se lanzaron a su aventura marítima en busca de las materias primas que necesitaban aprovechando el conocimiento de los mares que antes los micénicos les habían proporcionado. Ambas culturas estuvieron en efecto en contacto durante buena parte de la Edad del Bronce Reciente como demuestran los descubrimientos arqueológicos de cerámica micénica a lo largo de toda la costa fenicio-cananea desde Ugarit y Biblos hasta Gezer y Lachish. Pero los fenicios superarían a los propios micénicos en su aventura marítima lle-



Figurilla masculina procedente de Ibiza
Museo Arqueológico de Barcelona (Siglo IV a.C.)

gando más lejos que ellos a través de un itinerario jalonado por las diversas islas que salpican el Mediterráneo. Así, partiendo de sus costas orientales la navegación hacia Occidente, en donde se perseguían la plata y el hierro de Tartessos, el estaño de las Cassitérides, y el oro y el mafil africano, se realizaba saltando de isla en isla: desde Chipre a Rodas desde donde se realizó la penetración en el Egeo y donde los arqueólogos han encontrado evidencias de una presencia fenicia en las ciudades de Cameiros e Isolayos. Desde allí hacía Creta, que revela igualmente indicios arqueológicos de su frecuentación y posible colonización por parte de los fenicios. Partiendo de Creta se alcanzan con facilidad las islas del Mediterráneo central: Malta de quien afirma Diodoro de Sicilia:

«Esta isla es una colonia fundada por los fenicios, quienes como extendían su mercado hacia el Océano occidental, encontraron en ella un abrigo seguro, ya que estaba dotada de buenos puertos y situada en mar abierto» (V, 12).

Y la misma Sicilia en la que la presencia fenicia es anterior a la colonización griega de la isla según testimonia Tucídides:

«Los fenicios se habían asentado a lo largo de toda Sicilia en promontorios costeros, que habían fortificado, y en los islotes cercanos a fin de comerciar con los Sículos. Pero cuando los griegos comenzaron también a llegar en gran número, los fenicios abandonaron la mayoría de aquellos sitios y se instalaron a vivir juntos en Motya, Panormo y Solunto, cerca de los Elymeos, en parte porque buscaban su alianza, y en parte porque desde allí el viaje desde Sicilia a Cartago es más corto» (VI, 2, 6).

Gozo, Pantellaria y Lampedusa también fueron colonizadas por los fenicios e igualmente podrían haber servido desde un principio de escalas a sus navegaciones hacia las Columnas de Hércules. Desde allí tanto las costas norteafricanas como la isla de Cerdeña son fácilmente asequibles y conocieron igualmente la visita temprana de los marineros y comerciantes fenicios. Por último, las Baleares, el litoral meridional de la Península Ibérica y la vertiente norteafricana a ambos lados del Estrecho señalan la llegada al lejano Occidente de la extraordinaria aventura marítima emprendida por los cananeos a comienzos de la Primera Edad del Hierro. Allí, en las proximidades del mítico Tartessos, levantaron la ciudad más antigua de Europa sobre cuya fundación las fuentes clásicas nos han legado este relato:

«Sobre la fundación de Gadir, he aquí lo que dicen recordar sus habitantes: que cierto oráculo mandó fundar a los tirios un establecimiento en las Columnas de Hércules; los enviados para hacer la exploración llegaron hasta el estrecho que hay junto a Kálpe (Gibraltar), y creyeron que los promontorios que forman el estrecho eran los confines de la tierra habitada y el término de las empresas de Hércules; suponiendo entonces que allí estaban las columnas de que había hablado el oráculo, echaron el ancla en cierto lugar de más acá de las Columnas, allí donde hoy se levanta la ciudad de los exitanos (Almuñecar). Mas como en este punto de la costa ofreciesen un sacrificio a los dioses y las víctimas no fueran propicias, entonces se volvieron. Tiempo después, los enviados atravesaron el estrecho, llegando hasta una isla consagrada a Hércules, situada junto a Onoba (Huelva), ciudad de Iberia, y a unos mil quinientos estadios fuera del estrecho; como creyeran que estaban allí las Columnas, sacrificaron de nuevo a los dioses; mas otra vez fueron adversas las víctimas y regresaron a la patria. En la tercera expedición fundaron Gadir, y alzaron el santuario en la parte oriental de la isla, y la ciudad en la occidental.

(Estrabón, III, 5, 5)

Este texto nos sirve para comprender el carácter de las primeras navegaciones fenicias hacia Occidente que, como vimos, los autores antiguos coincidían en remontar a una fecha que

«En aquella ocasión me apoderé de toda la extensión del monte Líbano y llegué al Gran Mar del país de los amurru. Lavé mis armas en el profundo mar y ofrecí oblaciones de ovejas a los dioses. El tributo del litoral —de los habitantes de Tiro, Sidón, Biblos, Mahallata, Maiza, Qaiza, Amurru y Arvad, que es una isla en el mar, consistió en oro, plata, estaño, cobre, recipientes de cobre, prendas de lino de guarniciones multicolores, monos grandes y pequeños, ébano, madera de boj, marfil de colmillos de morsa... recibí su tributo y abrazaron mis pies. Ascendí a las montañas del Amanus (sierra ubicada al N. del Orontes) y talé troncos de cedros, pinos bravos, cipreses y pinos, y ofrecí oblaciones de ovejas a mis dioses. Hice esculpir una estela conmemorando mis heroicas gestas y la erigí allí. Envié los maderos de cedro del monte Amanus al templo Esarra para la construcción de un santuario *iasmaku* como recinto para los festivales, sirviendo a los templos de Sin y Shamash, los dioses otorgadores de luz.»

(Anales de Asurnasirpal II en Kalah, III, 84-90: *ANET*, 275-276)

podría ser situada a comienzos del siglo XI a.C., mientras que los testimonios bíblicos que aluden a las fenicias «naves de Tarsis» documentan la existencia de periplos de gran envergadura en el curso del siglo X a.C. (I *Reyes*, 11; 22). Durante una primera etapa que podríamos denominar precolonial las navegaciones fenicias tuvieron en un principio un carácter marcadamente exploratorio para ir desarrollando luego un comercio sobre la base de pequeñas factorías, que sólo con el paso del tiempo dará lugar a una auténtica colonización. El mismo Diodoro parece reconocerlo así cuando dice:

«Los fenicios, que, desde una época lejana, navegaban sin cesar con el fin de comerciar, habían fundado muchas colonias sobre las costas de Libia y un cierto número de otras en las regiones occidentales de Europa» (V, 20, 1).

Como es fácil imaginar el horizonte arqueológico de esta etapa precolonial, durante la cual los primeros viajes esporádicos siguiendo las rutas señaladas por los micénicos dieron paso al establecimiento de pequeños grupos de aventureros y comerciantes residiendo en instalaciones precarias, en ocasiones en los propios poblados indígenas, y viviendo en condiciones muy simples, es apenas reconocible. No ocurre lo mismo a partir del siglo VIII a.C. en que se inicia el proceso de colonización mediante el cual los pequeños establecimientos de la etapa anterior, factorías o emporios, se convierten en verdaderas colonias por lo que su huella arqueológica resulta mucho más fácil de detectar.

Desde las fundaciones más occidentales, como Gadir o Lixus al otro lado del Estrecho, el viaje de retorno hacia Fenicia se realizaba por una ruta distinta a la de las islas que jalonan el itinerario inverso. Se facilitaba ahora la navegación bordeando el litoral norteafricano, desde las costas de Marruecos y Argelia, pasando frente a las playas de Túnez, en dirección a la Sirte, aprovechando la fuerte corriente marítima que fluye en esta dirección al penetrar las aguas del Atlántico por el Estrecho de Gibraltar. De esta manera se alcanzaba Oriente teniendo casi siempre la costa a la vista lo cual en los días más despejados de la estación navegable ocurría igualmente navegando en sentido contrario de isla en isla. El empleo de ambos itinerarios explica la dispersión geográfica de los asentamientos coloniales fenicios en el Mediterráneo de los que volveremos a hablar más adelante.

8. La Segunda Edad del Hierro

La expansión marítima por el Mediterráneo, con la organización comercial a escala casi mundial que implicaba, convirtió de pronto a las ciudades fenicias en centros económicos y



Marfil fenicio procedente de Nimrud (Asiria)
(Siglo VII a.C.)
Museo Británico

políticos de extraordinaria importancia, debido en gran modo al interés estratégico del hierro cuyo flujo controlaban. Es por ello que durante la Segunda Edad del Hierro (900-550) los imperios mesopotámicos pugnaron una y otra vez por obtener el control sobre ellas asegurándose de esta forma el acceso al comercio exterior que representaban. Primero fueron los asirios, más tarde los babilonios y después los persas, y cuando la fórmula del amedrantamiento mediante demostraciones de fuerzas y la imposición de tributos fracasaba se recurría, si era necesario, al control territorial y político directo; de la hegemonía a la dominación pura y simple.

El final de la autonomía había llegado. La presión del Imperio Asirio comenzó a hacerse sentir en Fenicia durante el reinado de Assurnarsipal



Mango de puñal de marfil procedente de Biblos
(II milenio)
Museo Nacional de Beirut

II quien, profundizando la penetración asiria hacia los países occidentales, alcanzó el Mediterráneo sometiendo a tributo en el año 875 a.C. a las ciudades de Tiro, Sidón, Biblos y Arvad que no opusieron resistencia alguna. Mediante estos tributos los asirios accedían a todos aquellos productos que de otra forma resultarían inasequibles para ellos, y Assurnarsipal se llevó de regreso artesanos fenicios y maderas del Líbano para la construcción de su palacio en Nimrud. Durante el siguiente reinado de Salmanasar III este tributo fue renovado en sucesivas ocasiones en el curso de varias campañas. Pero al mismo tiempo Egipto, recuperado momentáneamente con los faraones de la XXII Dinastía de su prolongada decadencia, hacía de nuevo el papel de una gran potencia cuyos intereses estaban igualmente presentes en la zona. El reinado de Sheshonq I marca así el inicio de una nueva intervención egipcia con la expedición contra Jerusalem y a partir de ahora los monarcas locales respetarán abiertamente a los representantes del nuevo poder egipcio, como se observa por ejemplo en Biblos cuyos reyes llevan a cabo una política filoegipcia que evoca tiempos pasados. Esta renovada influencia de Egipto en Asia pervive bajo el reinado de Takelot I, y su sucesor, Orsokon II, da prueba fehaciente de ello con motivo del apoyo militar prestado a la coalición de pequeños estados que se enfrentó a Salmanasar III en la batalla de Qarqar, en el 853 a.C., lo que pone de manifiesto que los egipcios apoyaban ahora la resistencia anti-asiria de las ciudades fenicias y los principados siriopalestinos y que éstos confiaban en su aliado meridional. Pese al tono triunfalista de las inscripciones del monarca asirio el encuentro supuso una derrota para Salmanasar que se vio obligado a realizar otras cinco expediciones posteriores en 849, 846, 842, 840 y 837 a.C. por medio de las cuales obtuvo el tributo de las ciudades fenicias —Tiro, Sidón, Biblos, etc.— y con ello un cierto control sobre ellas que conservaron en cambio su autonomía (Röllig, 1982, 24).

Tras la muerte del rey de Asiria se produjo una época de relativa tranquilidad debido fundamentalmente a la propia crisis interna que afectaba de nuevo a su Imperio, por lo que a partir de entonces y hasta la subida al trono de Tiglat-Pilaser III en el año 744 a.C. los ejércitos asirios estuvieron prácticamente ausentes de la región. La única expedición conocida fue la de Adad-Ninari III contra los filisteos y edomitas en el 805 a.C. y en el relato de su campaña declara haber recibido también el tributo de Tiro y Sidón y no deja de ser sumamente significativo que en su crónica aluda a que este mismo tributo le había sido negado a su padre, Shamshi-Adad V, lo que constituye sin duda alguna una prueba manifiesta de la debilidad asiria frente a las ciudades-estado de Fenicia. Egipto, al margen de los propios poderes locales, fue el principal beneficiario del declive de la presencia asiria en la zona, lo que fue aprovechado para intensificar los lazos que mantenía con los príncipes y monarcas del viejo territorio siriocananeo. Y sería un error considerar que todos estos factores de política exterior no terminaran por afectar de un modo u otro al desarrollo de la política interna de las distintas ciudades fenicias. Como había ocurrido antes, durante la Edad del Bronce Reciente, facciones pro y anti-egipcias comenzaron a surgir aquí y allá. En general, la monarquía fenicia y la aristocracia tradicional de carácter terrateniente era partidaria, sin que ello significara una absoluta ruptura con Egipto, de un entendimiento con los asirios mediante la satisfacción de los tributos que periódicamente éstos exigían, mientras que la nobleza y la oligarquía comercial prefería estrechar los lazos con los egipcios para, en torno a

una alianza más cerrada, conseguir el respaldo preciso que permitiera evitar ceder a las presiones tributarias de Asiria. Esto era tanto más así en cuanto que los asirios percibían a través del tributo exigido a las ciudades fenicias, unos beneficios económicos que venían a suplir la ausencia de una infraestructura comercial propia que permitiera acceder a los recursos procedentes del mundo mediterráneo. En otras palabras: se apropiaban así de una parte de los beneficios obtenidos por el comercio fenicio consiguiendo de esta forma toda una serie de productos —materias primas y artículos manufacturados— que les eran de una gran necesidad. Como es lógico suponer, esta política de Asiria respecto a los puertos comerciales fenicios de la costa mediterránea afectaba fundamentalmente a la oligarquía de comerciantes y mercaderes, al sector artesanal y en definitiva a todos aquellos otros elementos relacionados de alguna manera con las actividades del comercio en ultramar. Por el contrario, la monarquía tradicional fenicia, que aunque participaba en las empresas comerciales encontraba la base de su poder en los beneficios obtenidos por la forma de posesión y explotación de la tierra, que constituye un tipo de riqueza más estable y sometida a menos posibles riesgos que aquella otra procedente del comercio, al igual que la vieja aristocracia terrateniente era propicia a aceptar de mejor o peor grado la situación impuesta por la fuerza de los ejércitos asirios. Políticamente resultaba más cómodo dar satisfacción a los tributos exigidos en el curso de sus expediciones por los monarcas de Asiria, y mantener así una precaria independencia, que levantarse en armas contra el poderoso vecino oriental buscando el posible apoyo de Egipto, lo que habría desatado la intervención militar directa de los asirios con el consiguiente perjuicio para los reyes fenicios sublevados.

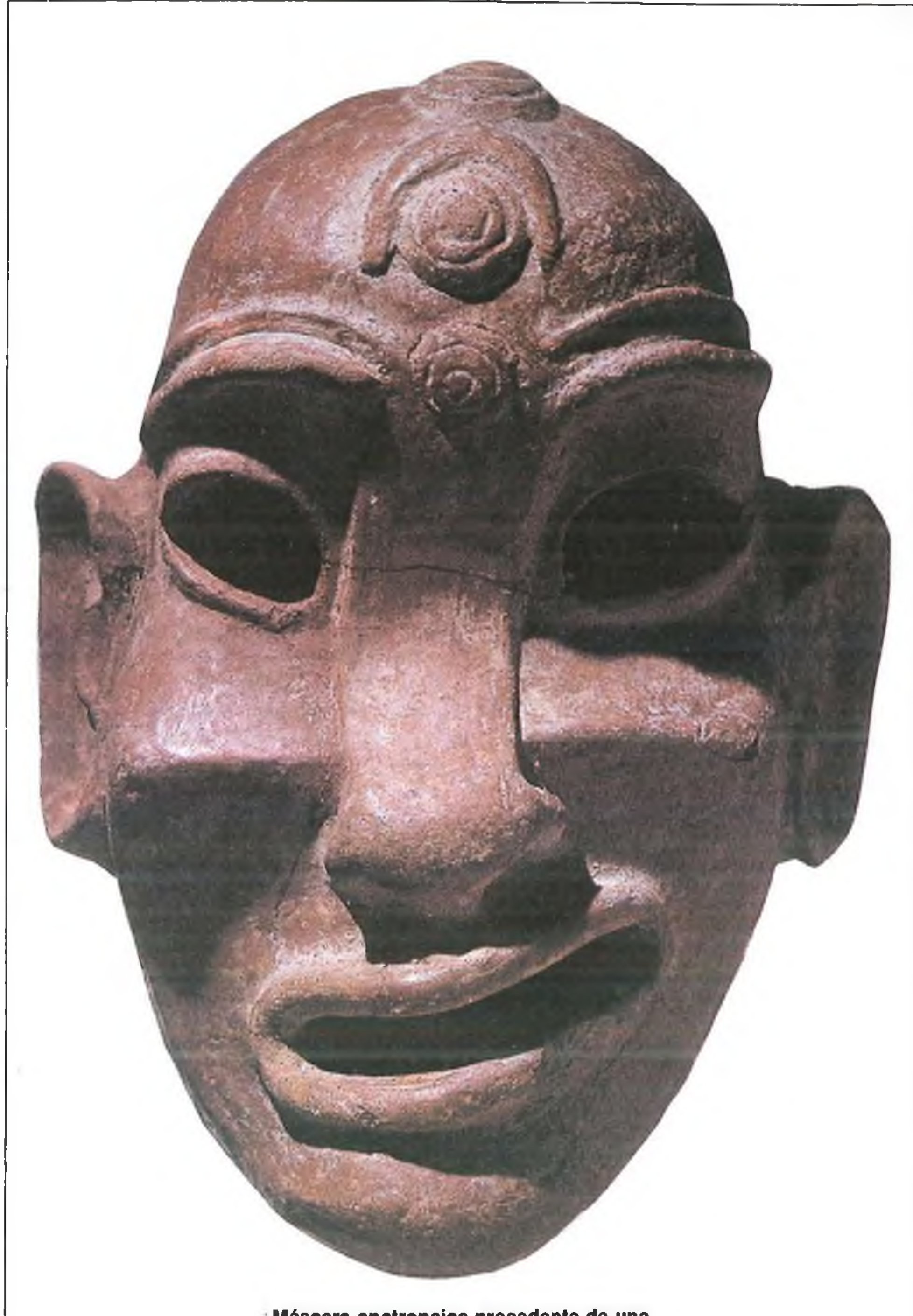
Esta diferencia de actitudes de cara a la política exterior, condicionada, como vemos, por factores internos, terminó por afectar incluso al seno de algunas de las dinastías que reinaban sobre las ciudades fenicias llegando a producir en ocasiones una escisión en las mismas. En Tiro la familia real se encontraba dividida. El rey, Muto, respondía a los intereses tradicionales de la vieja monarquía fenicia y de la aristocracia terrateniente mientras que su hermana se ha aproximado a la oligarquía que detenta el control de las actividades comerciales mediante su matrimonio con Acerbas, sumo sacerdote de Melkart, divinidad protectora de los comerciantes, de los mercaderes y de los artesanos. El sacerdocio de Melkart se halla firmemente comprometido con la organización y los beneficios obtenidos del comercio en ultramar y los templos de este dios, patrono también de los navegantes y marineros, jalonan en el Mediterráneo el ritmo de la propia expansión fenicia (Van Berchem, 1967) ofreciendo seguridades y garantías bajo la autoridad que emana de la presencia del dios para la realización de las operaciones de intercambio, facilitando albergue para los mercaderes y refugio a los viajeros, y ofreciendo sus instalaciones para la consigna y almacenaje de las mercancías; desempeñando, en suma, un papel análogo al de los *karu* (representaciones comerciales permanentes) asirio (Bunnens, 1979, 158 y 282-5).

A la muerte del rey Muto, su hijo Pigmalión debe acceder al trono pero es aún demasiado joven por lo que su hermana Elisa asume la regencia hasta que éste alcance la edad necesaria para desempeñar el poder. Pese a todo Pigmalión consigue el apoyo necesario para ceñirse la corona y relegar a su hermana de las tareas de gobierno (Justino, XVIII, 4, 4). Ante tales circunstancias Elisa intenta recuperar sus derechos mediante una jugada bien calculada: se casa con su

tío materno, Acerbas, que en su calidad de sumo sacerdote de Melkart detentaba el primer rango en la ciudad después del propio rey y que, como miembro de la familia real en su calidad de cuñado del anterior monarca y consorte ahora de una legítima heredera al trono, puede aspirar al mismo. Ante este cambio de la situación que colocaba en una posición muy precaria al propio Pigmalión éste decide asesinar a su rival político y desencadenar la represión contra su hermana Elisa y sus partidarios (Justino, XVIII, 4, 8-9). El resultado de esta lucha desatada entre las dos facciones escindidas de la familia real tiria habría de tener con el tiempo unas consecuencias históricas casi incalculables. Elisa y los notables que la apoyaban optaron finalmente por el exilio y en el transcurso de su destierro tuvo lugar la fundación de Cartago realizada por ellos en el 814 a.C. (Alvar-G. Wagner, 1985).

No hay mucha duda de que la paralela ausencia de los ejércitos asirios vino a fortalecer la posición y expectativas de la oligarquía comerciante tiria aglutinada en torno al sacerdocio de Melkart aunque finalmente resultara un fracaso. Pero esta situación no debía mantenerse por mucho tiempo: con la llegada al poder de Tiglat-Pilaser III la expansión de Asiria hacia los países occidentales encontró un nuevo y poderoso vigor. Sólo que ahora la antigua táctica de las incursiones militares con el fin de amedrentar al enemigo y exigir el pago de un tributo fue reemplazada por la dominación directa que implicaba la conquista territorial y la anexión de los estados sometidos. Con el tiempo la nueva política diseñada por Asiria terminaría por afectar a los territorios de las ciudades fenicias. En el 743 a.C. los ejércitos asirios se anexionaron al norte de Fenicia: la región recorrida por el curso del Orontes, quedando Biblos, Arvad y Tiro en un estado de parcial autonomía y sometidas además al pago de un nuevo tributo. Durante este período no se halla mención alguna a Sidón y los monarcas de Tiro son calificados como «reyes de los sidonios» lo que ha llevado a pensar que, a pesar de todo, Tiro mantenía una posición importante en la costa fenicia que la había posibilitado ejercer alguna forma de hegemonía sobre aquélla. Durante el reinado de Senaquerib las ciudades fenicias tomaron parte en una coalición de los pequeños estados sirios que protagonizó una revuelta contra la dominación asiria. En la represión que siguió Tiro fue sometida a un sitio infructuoso que se prolongó durante cinco años, pero aunque la ciudad resistió, favorecida por su posición insular, su rey, Luli, se vio obligado a refugiarse en Chipre donde finalmente murió. Este hecho unido a la instalación en Sidón de un nuevo rey, Ittobaal II, impuesto por los asirios, sugiere una merma de la supremacía que hasta ahora Tiro había ejercido.

La desaparición de Senaquerib fue aprovechada por Egipto, que se mantenía en el fondo de todas estas agitaciones con el fin de restablecer su influencia en una región disputada desde siglos atrás a causa de su importancia estratégica y económica, para reavivar la revuelta contra Asiria. La represión desatada por Asarhadón que se había afirmado mientras tanto sobre el trono de Nínive fue fulminante. Sidón fue destruida en el año 667 a.C. y Tiro obligada a aceptar un tratado en virtud del cual quedaba reducida a sus posesiones insulares perdiendo todos sus territorios en el continente que pasaron a engrosar una de las provincias del Imperio Asirio (Pettinato, 1975), como antes había ocurrido con la Fenicia septentrional. En realidad, el reinado de Asarhadón significó el golpe más fuerte asestado hasta el momento por los asirios a la independencia de las ciudades fenicias. Gran parte del territorio fue anexionado bajo la forma



Máscara apotropaica procedente de una necrópolis arcaica de Cartago
(Siglo VII-VI a.C.)
Túnez, Museo del Bardo

de provincias. Simyra en el norte, Sidón en el centro y Tiro en el sur. A partir de ahora gozaron tan sólo de una mermada autonomía Biblos, Arvad y la isla de Tiro que conocieron el pago de nuevos tributos y la presencia de gobernadores asirios (Moscati, 1973, 43). Hubo un nuevo intento de rebelión por parte de Tiro que terminó una vez más con la imposición de un nuevo tributo y la situación en su conjunto se mantuvo durante el reinado de Assurbanipal, durante el cual se produjo una nueva revuelta de Tiro apoyada por Egipto. La ciudad sufrió un nuevo cerco en el 668 a.C. pero tampoco en esta ocasión pudo ser tomada por los sitiadores. No obstante hizo acto de sumisión y aceptó pagar un tributo renovado. Poco después, Assurbanipal sometía a Arvad, que se había sublevado a su vez y estorbaba seriamente el comercio naval asirio como antes hubiera hecho Tiro.

La decadencia del Imperio Asirio y su destrucción por las fuerzas aliadas de babilonios y medos en el 612 a.C. representó un respiro temporal para Fenicia. Sin embargo las consecuencias de la dominación asiria se habían dejado sentir ya: masas de refugiados que huían del terror y la devastación ocasionada por los ejércitos asirios se refugiaron en las ciudades de la costa y desde allí comenzaron a emigrar hacia los asentamientos fundados por los fenicios en el Mediterráneo. La corriente migratoria alcanzó Cartago, Sicilia, Cerdeña y las costas meridionales de la Península Ibérica y en estos lugares las factorías comerciales establecidas tiempo atrás experimentaron un incremento de su población que llevó a convertirlas en muchos casos en auténticas ciudades.

La desaparición del poder asirio facilitó las aspiraciones de Egipto sobre todas aquellas tierras sometidas a disputa, pero la expansión de Babilonia bajo Nabucodonosor tuvo nuevamente graves consecuencias para Fenicia. En el 586 a.C. los ejércitos babilonios de Nabucodonosor II atacaban Tiro que, tras resistir un cerco de trece años de duración gracias a los abastecimientos que Egipto hacía llegar por mar, termino capitulando y tuvo que soportar la presencia de un gobernador babilonio encargado de vigilar de cerca los movimientos del monarca fenicio. El resultado de la intervención de Babilonia se plasmó finalmente en la interrupción de la monarquía tiria cuyo gobierno fue sustituido temporalmente por la gestión de magistrados civiles denominados *sufetes*. Finalmente Babilonia cedió bajo el empuje de los persas que unificaron virtualmente todo el Próximo Oriente. En el Imperio Persa las ciudades fenicias quedaron incorporadas a una de sus satrapías y disfrutaron de una autonomía local bajo la administración de sus propios reyes. Junto a ellos representantes civiles y militares del poder queménida aseguraban el pago de los tributos y la lealtad política hacia el trono del Imperio. Parece ser que los persas se distinguieron por ser unos amos menos onerosos que sus predecesores asirios o babilonios ya que durante mucho tiempo no tenemos noticias de nuevos disturbios.

9. El ámbito colonial mediterráneo

Chipre fue el primer lugar colonizado por los fenicios en el Mediterráneo. Esta isla ha proporcionado suficientes indicios de su presencia durante la Edad del Bronce Reciente o Tardío pero los vestigios más antiguos encontrados por los arqueólogos que documentan la exisencia de una ciudad, Kition, no se remontan más allá del siglo IX a.C. Las ventajas de su localización geográfica la convirtieron pronto en un lugar de refugio de cara a la expansión de los im-

perios circundantes. Si bien Sargón II alardea en sus inscripciones de haber conquistado la isla lo cierto es que aún sirvió de cobijo al rey de Tiro que se había sublevado contra Senaquerib. Los reyes de Kitión, aunque en alguna ocasión se declararon vasallos de los soberanos de Asiria, no fueron casi nunca dominados de una manera efectiva por éstos, lo que se puede decir también de los demás príncipes locales de las otras ciudades fenicias de la isla: Idalión, Tamassos, Golgoi, Marion y Lapethos.

Como avanzada geográfica de Fenicia y gracias a la mayor autonomía de que gozó durante la Edad del Hierro, Chipre se convirtió desde muy pronto en uno de los principales agentes, junto a Tiro, de la colonización y su influencia cultural, que se advierte en distintos campos, no será sólo propia de los primeros momentos de la colonización fenicia, sino que se mantendrá a lo largo de los tiempos venideros. Ello viene a demostrar que los fenicio-chipriotas participaron muy activamente en el proceso colonizador, o al menos que Chipre era uno de los principales lugares de manufacturación, al lado de Rodas, de los objetos orientalizantes —cerámicas, bronces, joyas, vidrios, etc.— distribuidos por los mercaderes fenicios a lo largo de todas las costas del Mediterráneo. Es interesante observar que a menudo Chipre es asociada a Tiro, a la que los antiguos consideraban como la principal impulsora de la expansión fenicia, si bien existen suficientes indicios para considerar que en un primer momento este papel debió corresponder a Sidón. Tiro tomaría el relevo más tarde, a partir del siglo X a.C., y la extraordinaria fama que posteriormente alcanzó fue seguramente el motivo por el cual las más tempranas fundaciones fenicias en el Mediterráneo se consideraban tirias en lugar de sidonias. El importante papel desempeñado más tarde por Cartago, fundación de Tiro, pudo haber ayudado en este mismo sentido. En cualquier caso, al igual que a partir de un momento determinado los reyes de Tiro parecen estar en condiciones de ejercer alguna suerte de hegemonía sobre los sidonios, en Chipre algunas inscripciones mencionan a funcionarios que se declaran subordinados a la autoridad de aquéllos, y los propios anales de Tiro mencionan durante el reinado de Hiram, el contemporáneo de Salomón, la existencia de una colonia en la isla.

El destacado papel que parece haber desempeñado Chipre en la colonización fenicia se comprende mejor si se considera que la isla era, desde la Edad del Bronce, el principal mercado internacional de la cuenca oriental del Mediterráneo y que recibía ahora los productos del comercio occidental fenicio. Tal tipo de situación habría de permanecer durante mucho tiempo. La conquista persa de Chipre en el 449 a.C. no alteró estas circunstancias, ya que los soberanos aqueménidas favorecieron a las comunidades fenicias de la isla en las que florecieron dinastías relativamente independientes a las que utilizaron como elementos políticos que oponer a los griegos. Esta autonomía se mantendrá tras la conquista de la isla por los Ptolomeos, y las inscripciones procedentes de Kitión y Lapethos muestran la vitalidad de la cultura y la lengua fenicia en un momento ciertamente tardío.

En el marco del Mediterráneo central y occidental el proceso colonizador fenicio atraviesa por una serie de fases que obedecen a la siguiente periodización: una primera fase de carácter marcadamente comercial que sigue a un período anterior caracterizado por los contactos de tipo precolonial y que se empieza a percibir arqueológicamente hablando desde finales del siglo IX y/o comienzos del VIII a.C. Es propia de esta fase la aparición de asentamientos y factorías fenicias a lo largo de los itinera-

rios marcados por su expansión marítima. Ello no quiere decir, como se observará, que los fenicios no hayan visitado y aún frecuentado anteriormente los lugares que son desde ahora objeto de la colonización. Como afirma Moscati: «Los comienzos de la documentación arqueológica no implican necesariamente los comienzos de la colonización fenicia, sino los comienzos de asentamientos estables y suficientemente desarrollados» (1973, 129). A partir de comienzos del siglo VII a.C. y sobre todo durante la primera mitad del mismo asistimos a un proceso de transformación en el ámbito de la colonización fenicia, determinado por la llegada a los asentamientos del Mediterráneo central y occidental de gentes procedentes de Fenicia que escapan de la devastación y el terror provocado por las invasiones asirias. Como consecuencia se abre una nueva fase de la colonización que se caracteriza por un importante crecimiento demográfico y urbano de los establecimientos preexistentes así como la aparición de otros nuevos. Cartago, Motya en Sicilia, las colonias fenicias de Cerdeña como Sulcis, Caralis y Tharros, Gadir, Sexi y Toscanos en el litoral meridional de la Península Ibérica abandonan su antiguo carácter de factorías o emporios para convertirse en auténticas ciudades, colonias de poblamiento —*apoikia*— desde las que se acomete la explotación agropecuaria de la campiña circundante. Esta nueva fase de la colonización fenicia, que conjuga los intereses comerciales con una ocupación más amplia del territorio destinada a satisfacer la necesidad de un abastecimiento agrícola para estas ciudades, conoce también, como acabamos de decir, la fundación, vinculada a toda esta problemática demográfica, de nuevas colonias, bien directamente desde las metrópolis orientales, bien a partir de algún centro colonial de importancia como Cartago o Gadir: así aparecen ahora Leptis Magna y Sabratha sobre el litoral africano del Golfo de la Sirte, Ebusus en las Baleares o Guadalhorce en la costa malagueña peninsular (Whittaker, 1974).

A partir del 600 a.C. entramos en una nueva fase que podemos denominar como *pre-cartaginesa* caracterizada por una relajación de los lazos que se mantenían con las ciudades fenicias orientales debido precisamente a la inestabilidad que durante los siglos VII y VI a.C. caracterizó a toda aquella región. En contrapartida Chipre, que conoce una mayor autonomía y florecimiento económico, se afirma ahora como el principal nexo de unión con el mundo fenicio occidental. Desde el siglo V y de una manera muy destacada desde el IV a.C. Cartago aparece como el principal centro de comercio fenicio del Mediterráneo central y oriental, manteniéndose la importancia de Gadir en Occidente en donde los intereses cartagineses se encuentran representados por Ebusus (Ibiza), por lo que esta última fase que enlaza ya con los tiempos romanos y las guerras púnicas puede ser denominada como *cartaginesa*, debido al predominio de la colonia africana que, no obstante, no implicó la aparición de un imperio marítimo púnico administrado de una forma centralizada desde aquélla. Cartago era sin duda la ciudad más importante del ámbito fenicio colonial y ello debía pesar considerablemente en algunas ocasiones, como por ejemplo en las guerras mantenidas entre fenicios y griegos en Sicilia, pero las restantes colonias mantuvieron su autonomía, si bien estaban interesadas en una alianza con Cartago, y siguieron rumbos que no siempre eran coincidentes.

Sicilia fue uno de los principales lugares de asentamiento fenicio del Mediterráneo central, y las pruebas arqueológicas de un establecimiento fenicio se remontan al siglo VIII a.C. aunque hay indicios que permiten



Estela procedente del santuario de Tanit en Motia (Sicilia)
(Siglo VI a.C.)
Museo Whittaken

sospechar una etapa de precolonización anterior. En esta isla la trayectoria histórica de las colonias fenicias de Motya, Panormo y Solunto fue realmente notable, condicionadas por el hecho de que Sicilia jugaba de cara al comercio internacional en esta área geográfica centromediterránea un papel análogo al desempeñado por Chipre en el Mediterráneo oriental. Las relaciones entre las colonias fenicias y griegas de la isla fueron desde un principio estrechas y parece que las acuñaciones de las primeras monedas griegas siciliotas fueron realizadas con plata procedente de Tartessos y proporcionada por el comercio fenicio. A partir del siglo V a.C. las ciudades fenicias de Sicilia entran directamente en la órbita de influencia de Cartago, convertida ya en potencia mediterránea, y en ella permanecerán, unas hasta su destrucción, como Motya, saqueada por Dionisio, tirano de Siracusa, en el 398 a.C., otras hasta los inicios de la dominación romana en la isla en tiempos de la Primera Guerra Púnica. Las consecuencias económicas, culturales y políticas de este hecho tienen una gran relevancia histórica: bajo el impulso y la protección de Cartago, las colonias fenicias de Sicilia se opusieron con éxito al aventurerismo expansionista de Siracusa, encarnado en Dionisio y Agatocles, adquirieron un desarrollo económico muy importante que las llevó a gozar de una notable prosperidad, y se convirtieron en los principales centros de irradiación de las influencias culturales griegas, que ellas mismas recibían, hacia la propia Cartago y los territorios vecinos del Norte de Africa.

Junto a Sicilia, Cerdeña es otro de los lugares de asentamiento fenicio preferente del Mediterráneo central. Esta isla tenía gran importancia de cara al comercio marítimo con Occidente a través de las Baleares y con los centros etruscos del Tirreno, así como por la existencia en ella de ricas minas de mineral de cobre. El comercio, muy temprano, entre Cartago y Etruria favoreció sin duda también a las colonias fenicias de Nora, Tharros, Sulois y Caralis, habitadas al menos desde finales del siglo IX a.C. Todas ellas quedaron igualmente situadas bajo la hegemonía cartaginesa en el curso del siglo VI a.C., pero aquí el dominio cartaginés parece haber sido mucho más fuerte, en parte quizá por la especial situación de la isla en relación con los mercados etruscos, o bien por su importancia de cara al abastecimiento agrícola de la propia Cartago para quien Cerdeña constituyó siempre un granero de emergencia. Pero, sobre todo, por el casi permanente clima de inestabilidad provocado por las belicosas poblaciones sardas del interior montañoso de la isla, que podía llegar a poner en peligro la presencia fenicia en la misma. Ello explica la construcción de importantes fortalezas que protegían los emplazamientos costeros de los ataques procedentes de tierra adentro y garantizaban el acceso a los recursos agrícolas y mineros de la zona. Pero la verdadera significación histórica de la Cerdeña feniciopúnica estriba en el hecho de que constituye sin duda alguna el lugar del marco colonial donde han quedado más profundamente marcadas las huellas de la civilización cananea sin las interferencias políticas y culturales del mundo griego, bien presentes por el contrario en Chipre, Sicilia y Cartago.

En esta última el ambiente cosmopolita fue sin lugar a dudas una de sus características más tempranas debido a su variada gama de relaciones principalmente económicas con Egipto, el Oriente, Grecia y el mundo etrusco, así como con las vecinas poblaciones autóctonas norteafricanas. Su capacidad de potencia marítima viene demostrada, entre otras cosas, por los periplos realizados por Hanon e Himilcón por el Atlántico me-

ridional y septentrional respectivamente, bordeando las costas africanas y europeas en busca de las lejanas rutas del marfil, el oro y el estaño. Pero su propia importancia política, que la llevó a disputar con Roma el primer lugar en la dirección de los asuntos marítimos en el Mediterráneo occidental, la hace merecedora de una página particular de la Historia que, por cuestiones obvias, no podemos desarrollar aquí.

En la Península Ibérica la presencia colonial fenicia, centrada particularmente en torno a Gadir, conoció una proyección notable a lo largo del litoral meridional mediterráneo, donde el testimonio de las tradiciones literarias, la arqueología, la numismática señalan la presencia de asentamientos de este carácter desde el Estrecho hasta Cartagena: Guadalhorce, Malaka (Málaga), Toscanos, Chorreras, Mezquitiya, Frigiliana, Jardín y Trayamar en las costas malagueñas, Sexi (Almuñecar) en las de Granada, y Abdera (Adra) y Villaricos en las de Almería, jalonan la penetración del comercio fenicio, en torno también a Ebusus, hacia Levante y Cataluña. En el sur, las actividades fenicias vinculadas a la colonización comercial y agrícola, con la demanda de materias primas y tierras que implicaba, así como con las aportaciones técnicas que trajo consigo, estimuló el desarrollo de las poblaciones autóctonas insertas en una economía simple de carácter doméstico provista de una tecnología rudimentaria y dotadas de una organización de tipo tribal. La eclosión resultante dio lugar a la cultura que tradicionalmente conocemos con el nombre de Tartessos, iniciándose de esta manera el primer capítulo de nuestra protohistoria peninsular (Aubet, 1979, G. Wagner, 1983).

Por lo general los fenicios, a causa de su propia tradición histórica en su patria cananea, se encontraban desprovistos de cualquier tipo de particularismo cultural y etnocentrista, tan propio de los griegos en cambio, por lo que su aventura colonial no significó normalmente un dominio directo y una marginación paralela de las poblaciones y culturas autóctonas con las que entraron en contacto. La mezcla étnica no fue un fenómeno raro dentro del proceso colonizador fenicio, al igual que las poblaciones del viejo Canaán se encontraban ya muy mezcladas desde mediados de la Edad del Bronce. La dominación fue sobre todo económica, en un sentido casi siempre indirecto, y cultural, más que militar o política, salvo en circunstancias extremas como las que decidieron a Cartago por la conquista de la Península Ibérica como única forma de compensar la pérdida de su poderío marítimo tras la derrota sufrida en la Primera Guerra Púnica. Por ello las relaciones entre colonizadores y colonizados tendieron a ser cordiales salvo en Cerdeña y en el Norte de Africa tras la expansión territorial cartaginesa, lo que permitió una prolongada pervivencia del sustrato cultural fenicio en estos territorios que se adentra hasta bien avanzada nuestra era. Con todo ello los fenicios se conviertieron en uno de los principales agentes transmisores de la civilización, desarrollada desde tiempo atrás en Oriente, por el mundo mediterráneo que, de esta manera, penetraba de su mano en el marco general de la Historia.

10. La Ultima Edad del Hierro y los períodos helenístico y romano: pervivencia de una civilización

Durante el tiempo que dependieron de los persas, a lo largo de la Ultima Edad del Hierro (550-330 a.C.), las ciudades de la Fenicia oriental prosperaron bajo determinadas condicio-

nes de autonomía. En tiempos de Ciro los fenicios no eran aún súbditos del Imperio Persa como sabemos por el testimonio de Heródoto (I, 143). Bajo Cambises su situación no parece haber variado mucho ya que si bien participan en su expedición contra Egipto rehusaron ayudarle a atacar Cartago en base al parentesco que los unía con su antigua colonia:

«... y en tanto que llegaban dio orden a su fuerza naval que se hiciera a la vela para ir contra Cartago. Contestáronle los fenicios que nunca harían tal cosa, así por no permitírselo la fe de los tratados públicos, como por ser una impiedad que la metrópoli hiciera guerra a los colonos, sus hijos. No queriendo concurrir pues los fenicios a la expedición, lo restante de las fuerzas no era armamento ni recurso bastante para la empresa; y ésta fue la fortuna de los cartagineses, que por este medio se libraron de caer bajo el dominio persa; pues entonces consideró Cambises, por una parte, que no sería razón forzar a la empresa a los fenicios, que de buen grado se habían entregado a la obediencia de los persas, y por otra vio claramente que la fuerza de su marina dependía de la armada fenicia, no obstante de seguirle en la expedición contra Egipto, los naturales de Chipre, vasallos asimismo voluntarios de los persas.»

(Heródoto, III, 19)

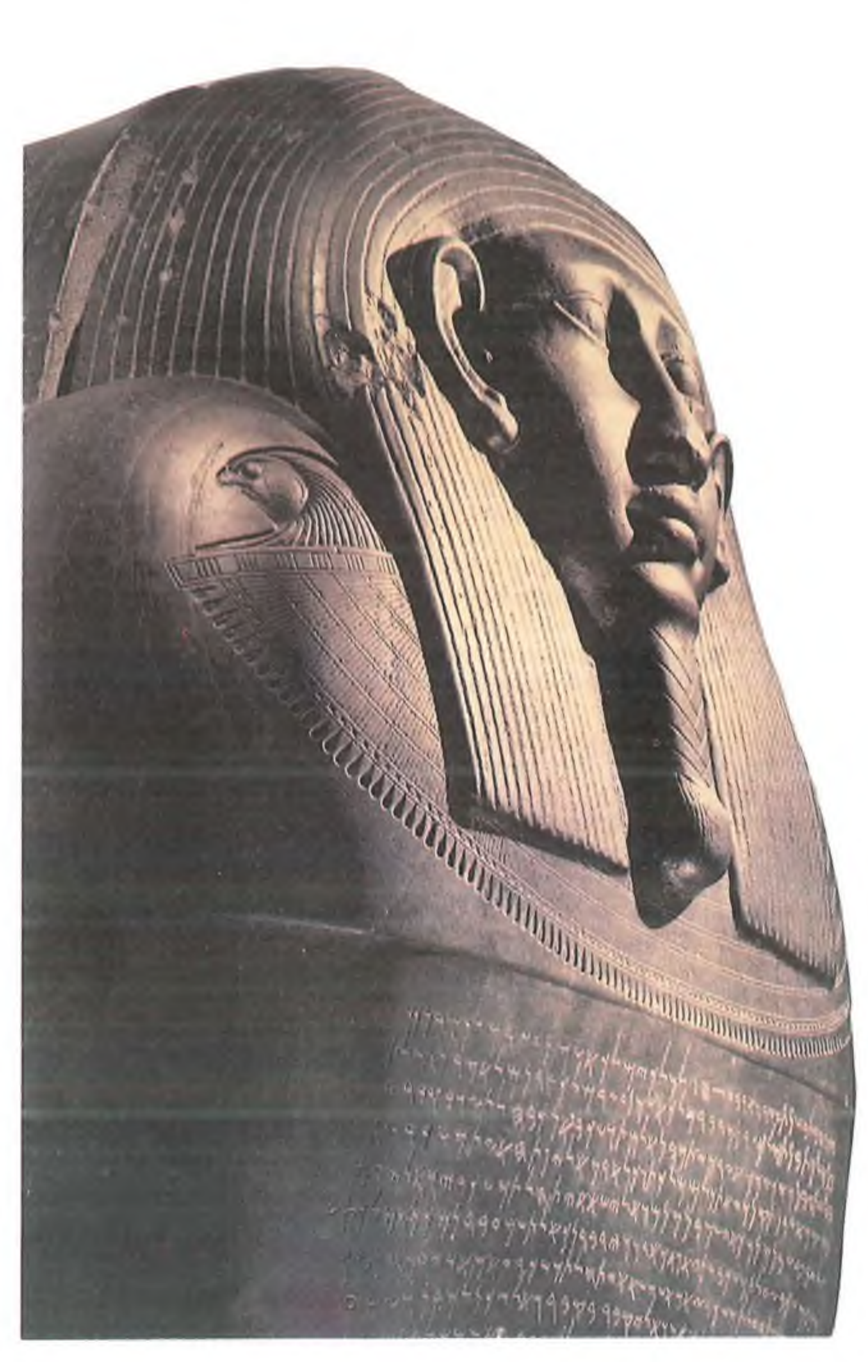
La reforma administrativa de Darío que dividía el Imperio Persa en satrapías quedando Fenicia englobada dentro de la quinta, junto a Chipre, Siria y Palestina, no alteró mucho el estado de las cosas. Las ciudades fenicias conservaron sus sistemas de autogobierno y sus reyes, más bien aliados de los persas que vasallos. Como antes, los fenicios volvieron a comerciar con Egipto, Grecia e Israel, y en tiempos de las guerras entre griegos y persas participaron en las mismas junto a éstos contribuyendo de manera decisiva a la formación de una gran fuerza naval. Durante todo este período Sidón, reconstruida tras su destrucción por los asirios, parece haber sido de nuevo el centro más importante de Fenicia. Esta localidad contaba también con una residencia del emperador y su territorio fue acrecentado incluso por él mismo, según leemos en una inscripción perteneciente a Eshmunazar, uno de sus monarcas:

«El señor de los reyes también nos dio Dor y Jaffa, las poderosas tierras de Dagon que están en la llanura de Sharon, en proporción a mis importantes hechos.»

(KAI, 14, 18-20)

Biblos, Tiro, Arvad y Sarepta quedaban relegadas a una posición secundaria, si bien Arvad y Tiro parecen haber gozado de mayor importancia que las otras dos, como se deduce de que ambas participaran a comienzos del siglo IV a.C. conjuntamente con Sidón en la fundación de Trípoli, que a partir de ahora será la sede de un consejo federal en el que los fenicios debatirán cuestiones comunes de suprema importancia (Diodoro, XVI, 41, 1-2).

Cuando el declive persa comenzó a ser notorio los fenicios no tuvieron reparos en aproximar sus posiciones políticas a los griegos y a Egipto, la satrapía más inestable del Imperio, y adecuarse fácilmente a la nueva situación. Sidón terminó por revolverse contra los persas y fue finalmente destruida, lo que favoreció a su antigua rival Tiro que acapara una vez más la posición más importante. Virtualmente independientes ante la decadencia persa las ciudades fenicias abrieron sus puertas a las tropas de Alejandro Magno en el 332 a.C. a excepción de Tiro, apoyada desde Cartago, que ya porque una facción filopersa se hubiera hecho con el control de la ciudad (Diodoro, XVII, 14, 3), o porque se mostrase deseosa de conservar su autonomía (Quinto Curcio, IV, 2, 4) se negó a aceptar la presencia del macedonio en su recinto. En el asedio que siguió participaron barcos enviados desde otras ciudades feni-



Detalle del sarcófago del rey
Echmumazar de Sidón
(Siglo VI a.C.)
Museo del Louvre

cias y por último Tiro cayó después de soportar un sitio de siete meses gracias a la construcción de un malecón que permitía unir la isla con tierra firme.

Durante el período helenístico el territorio de Fenicia fue de nuevo objeto de disputa entre el reino de los Seleúcidas y el de los Ptolomeos, lo que no fue obstáculo para que los centros más importantes, como Tiro y Sidón, de nuevo reconstruidas, mantuvieran como anteriormente sus propias dinastías locales, aunque desde el punto de vista económico hubieron de sufrir la importante competencia comercial que ahora se les hacía desde Alejandría. Desde el último tercio del siglo II a.C. Sidón y Tiro parecen haber estado en condiciones de disfrutar de una autonomía muy amplia, e incluso después de la conquista romana en el 64 a.C. las dos ciudades, junto con Trípoli, continuaron gozando de una parcial independencia de acuerdo con las líneas generales que venían a caracterizar a la administración romana en la región. Su comercio volvió a florecer una vez más bajo la *pax romana* y sus industrias de manufacturación de púrpura, lino y vidrio alcanzaron nuevamente amplia fama.

Pero lo que realmente llama la atención, a poco que se profundice en ello, es la sorprendente continuidad en el tiempo que manifiesta la vieja civilización fenicio-cananea. Nacida en los albores del III milenio y plenamente constituida ya durante el II, alcanzará con fuerza la nueva era a pesar de los avatares políticos que, como las Guerras Púnicas en Occidente y las conquistas de Pompeyo en Oriente, situaron sus territorios bajo el control de la administración romana. Documentos epigráficos avalan la hipótesis de una pervivencia de la lengua y por tanto de la cultura fenicia en Oriente hasta, por lo menos, el siglo II de nuestra era. En Occidente, el testimonio de San Agustín es sumamente significativo al respecto; al ser interpelados por él sobre su identidad sus paisanos respondían en lengua púnica: «cananeos». Esta vitalidad de la civilización fenicia occidental en pleno siglo IV se manifiesta también, además de en la pervivencia de la lengua, en otros aspectos vinculados al universo religioso. Durante mucho tiempo las divinidades cartaginesas, que eran en realidad los mismos dioses adorados por los fenicios en Oriente, recibieron culto en el Africa romana, y la práctica religiosa del sacrificio del *molok* hubo de ser combatida una y otra vez por las nuevas autoridades. No sólo el Africa púnica es escenario de la permanencia de una cultura que, sin embargo, ha sido derrotada en el plano político y militar. Otro tanto ocurre, por ejemplo, en la Península Ibérica. Aquí, tras siglos de presencia fenicia y una última etapa de dominación cartaginesa entre la Primera y la Segunda Guerra Púnica, esta cultura mantiene aún toda su vitalidad en los tiempos de Augusto a pesar del fortísimo proceso de romanización a que desde un principio se vio sometida (Tsirkin, 1985).

Esta permanencia de la civilización fenicio-púnica en el mundo mediterráneo no debe ser interpretada como un síntoma de cerrazón cultural. Por el contrario los fenicio-cananeos, tanto en Oriente como en Occidente, se mostraron siempre receptivos a las influencias procedentes de otros entornos culturales como el egipto, el mesopotámico, el micénico, el griego o el latino, sin perder nunca por ello el viejo fondo de su antigua civilización. Esta permanecerá durante el tiempo, no sólo en la lengua, sino también en la mentalidad y las costumbres, de tal modo que como se ha sugerido (E.F. Gautier, *Le passé de l'Afrique du Nord*, París, 1937, 155 ss.) allí donde se afirmó durante la Antigüedad la expansión y la colonización fenicio-púnica se afir-

maría más tarde la expansión musulmana. En Africa, Sicilia y el sur de España, fenicios y cartagineses habían preparado en realidad el camino a la conquista árabe.

11. La vida económica y social durante la Edad del Hierro

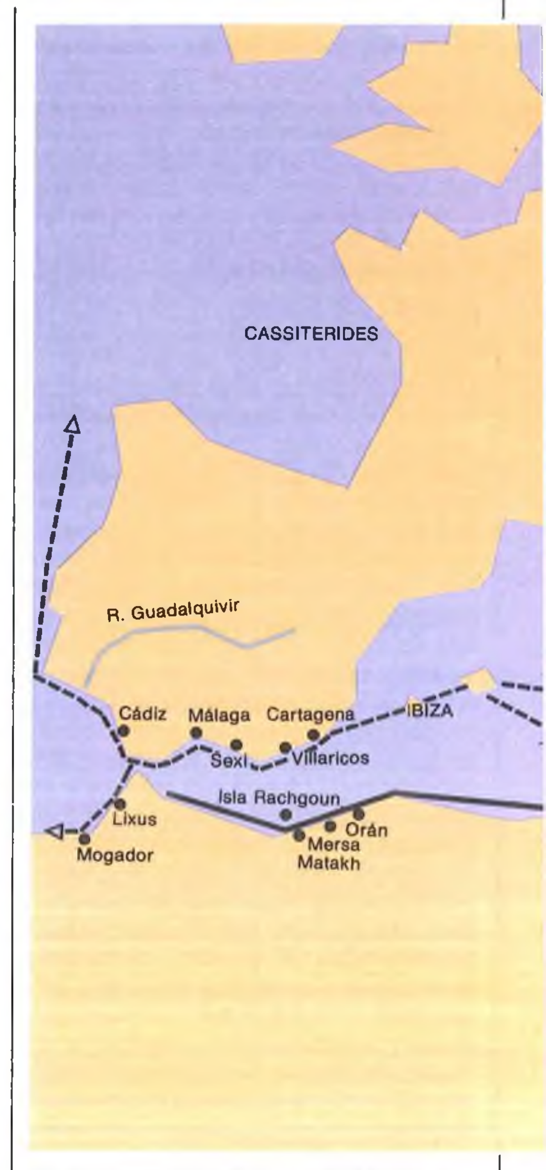
El motor de la economía fenicia durante este período fue la intensa actividad comercial desarrollada en muchas direcciones. En Ezequiel (27, 12-26) encontramos una lista de los productos con que comerciaban los fenicios: plata, hierro, estaño y plomo procedentes de Tarsis; esclavos y objetos de bronce de Javán (Jonia), Tubal (Cilicia) y Mesec (Frigia); colmillos de marfil y ébano procedentes de las islas; malaquita, púrpura, recamados, lino coral y rubíes de Edom; trigo, perfumes, miel, aceite y bálsamos de Judá e Israel; vinos y lanas de Siria; corderos, carneros y machos cabríos procedentes de Arabia; vestidos preciosos, mantos de jacinto recamado, tapices, aromas, piedras preciosas y oro de otros lugares de Asia, se encuentran entre las mercancías citadas por el profeta. Se puede decir que el comercio fenicio operaba ahora a escala casi mundial a través de los enclaves y asentamientos surgidos en el marco de la colonización mediterránea. Con ello los puertos de Fenicia adquirieron una importancia extraordinaria que llevaría a incentivar como se ha visto, las apetencias de los imperios vecinos. Fue el importante incremento del tráfico comercial que controlaban lo que llevó a convertirles en factores políticos de primer orden y como tal, caer bajo el punto de mira del expansionismo asirio, babilonio y persa. De esta forma el crecimiento de la actividad comercial, que respondía al tipo de comercio denominado *administrativo*, desarrollado a través de canales e instituciones oficiales y sustentado sobre la base de una amplia actividad diplomática dirigida a establecer las debidas garantías recíprocas, al mismo tiempo que situaba a las ciudades fenicias bajo la dependencia de los poderes políticos dominantes de su entorno, les aseguraba también una forma de trato especial que garantizaba una cierta autonomía —ya que no era conveniente destruir tan poderosas fuentes de beneficios— salvo en ocasiones de rebeldía enconada y manifiesta (Revere, 1976).

Todo este tráfico descansaba sobre una especializada industria de manufacturas en torno a la producción de una extensa gama de variados artículos: muebles y objetos de ebanistería, vestidos de lana y lino teñidos con su famosa púrpura, estatuillas y cuencos decorados en bronce, platos, fuentes y jarros de bronce y plata, collares, pulseras, pendientes, colgantes y otros objetos de orfebrería en metales nobles, vidriados, marfiles decorados y cerámicas eran producidos en los talleres fenicios, cuyos artesanos, que transmitían su oficio por tradición familiar, se hallaban reunidos en corporaciones profesionales bajo la autoridad de un gran maestro. Si bien durante la Edad del Bronce muchas de estas corporaciones con sus miembros estaban sometidas a una dependencia directa del palacio y eran incluso denominados como «hombres del rey», el declive del sistema de organización palacial tras las invasiones de los «Pueblos del Mar» y la extensión de los principios del derecho individualista que acompañó al auge de las actividades comerciales favoreció sin duda una mayor autonomía de estas corporaciones profesionales, al parecer muy semejantes a las que encontramos en otros lugares del Próximo Oriente.

Las materias primas de que se nutría toda esta actividad manufacturera provenían en parte del propio país

fenicio y en parte eran aportadas por el comercio. La madera de cedro y de abeto se podía aún obtener de los bosques del Líbano, aunque en menor cuantía debido a lo avanzado del proceso de desforestación, y la púrpura se extraía del múrice muy abundante en todo el litoral. La pasta de vidrio también obedecía a un abastecimiento local mientras que el cobre procedía sobre todo de Chipre, el oro y la plata de Etiopía y el Asia Menor, aunque también los recibían de la Península Ibérica (Tartessos) junto con el hierro y el apreciado estaño de Occidente, y el marfil se obtenía de la India a través del Mar Rojo, o de Africa a través de Egipto, Cartago y las restantes colonias africanas.

La agricultura, aunque próspera en cuanto a técnicas y cultivos se refiere, se vio perjudicada por la amplia desforestación del territorio, la competencia ganadera y las devastaciones asirias. Además, tras las invasiones de los «Pueblos del Mar» el territorio de Fenicia se había visto considerablemente reducido y la franja costera central no podía proporcionar los recursos suficientes para una población en aumento. La respuesta adaptativa estribó, como vimos, en el desarrollo del comercio y las manufacturas que permitía obtener del exterior el aprovisionamiento suplementario necesitado. En este sentido, por las condiciones que las rodeaban, las ciudades fenicias no diferían esencialmente de las de otros países mediterráneos como Grecia o Italia.



Estamos muy mal informados en lo que a la organización social del mundo fenicio se refiere. La familia, de tipo patriarcal, se fundamentaba en el matrimonio monógamo, y en el ámbito colonial mediterráneo no parecen haber existido muchos problemas en torno a los enlaces mixtos entre miembros de etnias diferentes. La profundización en el derecho de corte individualista como consecuencia de la expansión de las actividades comerciales tendió sin duda a disolver las relaciones familiares típicas de la Edad del Bronce, con lo que la familia extensa debió ceder paulatinamente su sitio a aquélla otra de carácter más reducido y concretada particularmente en los miembros del matrimonio y su descendencia directa. Una sociedad como la fenicia debía ser, al menos en el marco de la



ciudad, profundamente individualista y ello tuvo que favorecer a su vez la posición de la mujer en el seno de la familia y de la sociedad, y no en vano la encontramos en ocasiones desempeñando actividades económicas importantes en directa relación con el comercio. Desde esta perspectiva la mujer en Fenicia parece haber estado más cerca de la situación que disfrutaban las mujeres en Babilonia que

La expansión fenicia

del enclaustramiento característico de Asiria o Grecia.

La sociedad distinguía entre hombres libres y esclavos. La situación de estos últimos no nos es conocida pero sabemos que podían contraer matrimonio que les era reconocido por la ley, lo que permite suponer que gozaban de alguna clase de personalidad jurídica. Al igual que en otros lugares de Oriente las fuentes de la esclavitud residían en las condiciones socio-económicas internas y en el amplio comercio de éstos. Los hombres libres, sin duda jerarquizados en una serie de categorías sociales o socio-profesionales, constituían una sociedad dinámica y cosmopolita. Pese a la falta de documentación podemos distinguir a grandes rasgos la existencia de una aristocracia de corte terrateniente enfrentada en determinados momentos a una oligarquía comerciante. La génesis de esta última no está clara, pero bien se podría tratar de miembros del funcionariado político que supieron aprovechar las ventajas que emanaban de sus cargos para realizar negocios por cuenta propia. En cualquier caso el alto sacerdocio de Meikart, que compartía también las responsabilidades políticas, parece haberse situado al frente de esta oligarquía de comerciantes y mercaderes desde muy pronto, debido seguramente al importante papel desempeñado por sus templos en la expansión comercial. El desarrollo de las actividades comerciales y manufactureras tuvo como consecuencia el crecimiento de la «clase media» urbana que se dedicaba preferentemente a este tipo de menesteres. Todo lo relacionado con el comercio, la construcción, equipamiento y flete de los barcos, y con los procesos manufactureros aseguraba una amplia demanda laboral que sirvió de estímulo para el despegue de este entramado social característico de la vida de las ciudades. Dentro de esta «clase media», muy heterogénea y notablemente ágil

«Soy Yehawmilk, rey de Biblos, hijo de Yeharbal, nieto de Urimilk, rey de Biblos, a quien la Dama, la Señora de Biblos (Baalat), hizo rey de Biblos. He estado llamando a mi dueña, la Señora de Biblos, y ella ha oído mi voz. Por ello, he hecho para mi dueña, la Señora de Biblos, este altar de bronce que se halla en este patio y esta puerta de oro que está delante de esta inscripción mía, con el disco solar alado de oro engastado en una piedra preciosa, que se halla sobre esta puerta de oro, y este pórtico con sus columnas y los capiteles que están sobre ellas, y su tejado: Yo Yehawmilk de Biblos, he hecho para mi Dueña, la Señora de Biblos, porque llamé a mi Dueña, la Señora de Biblos, y oyó mi voz y me trató bondadosamente. Quiera la Señora de Biblos bendecir y preservar a Yehawmilk, rey de Biblos, y prolongar sus días y años en Biblos, pues es un monarca recto. Y quiera la Dueña, la Señora de Biblos, otorgarle favor a los ojos de los dioses y a los ojos del pueblo de su país, y que él se complazca en la gente de este país. Seas quien fueres, gobernante y hombre ordinario, tú el que continúe la obra de este altar y de esta puerta de oro y este pórtico, mi nombre, «Yehawmilk, rey de Biblos», pondrás con el tuyo en esta obra, y si no pones mi nombre con el tuyo, o si quitas esta obra y la trasladas de sus cimientos en este lugar y... (?) así la Dueña, la Señora de Biblos, destruya ese hombre y su simiente en presencia de todos los dioses de Biblos.»

(Inscripción votiva dedicada a la diosa Baalat, procedente de Biblos y fechada en torno al siglo V a.C., *ANET*, 502)

«Una casa construida por Yehimilk, rey de Biblos, que restauró también aquí todas las casas arruinadas. Baal-Shamin y la Señora de Biblos (Baalat) y la Asamblea de los Sagrados Dioses de Biblos prolonguen los días y años de Yehimilk en Biblos, porque es un rey justo y un soberano recto en presencia de los Sagrados Dioses de Biblos.»

(Inscripción procedente de Biblos fechada en el siglo X a.C. que recoge, al parecer, la consagración de un templo, *ANET*, 499)

y emprendedora, destacaba un artesanado muy cualificado merecedor de una amplia reputación que le llevó a participar, entre otras, en la construcción y ornamentación del templo de Salomón y a ser empleado en diversas ocasiones por los soberanos asirios para el embellecimiento de sus suntuosas residencias. Por debajo de ella, el campesinado rural, integrado en su mayoría por pequeños y medianos propietarios, se debatía entre las prestaciones económicas y militares de que era objeto, y el miedo a las devastaciones producidas por los ejércitos extranjeros. Su situación queda parcialmente plasmada en la emigración hacia las colonias mediterráneas que le afectó en parte en época de las invasiones asirias. Parece, en efecto, que la auténtica dicotonomía propia de la sociedad fenicia es la que se establece entre este ambiente rural y el entorno urbano.

12. Organización política del mundo fenicio

Fenicia no constituyó nunca una entidad política unitaria de carácter nacional. Por el contrario, como se ha dicho, el país se encontraba fragmentado en una serie de ciudades-estado de mayor o menor importancia que políticamente eran autónomas e independientes entre sí. Esto quiere decir que cada una poseía su propio sistema de autogobierno, todos ellos muy similares entre sí, y ya en época de los persas se estableció en Trípoli un consejo federal al que cada una enviaba sus representantes. Algunas de estas ciudades ejercieron una especie de hegemonía sobre cuyo funcionamiento apenas sabemos nada. Durante el III milenio o la Edad del Bronce Antiguo fue Biblos el centro políticamente más importante, y el hecho de que los archivos de la localidad siria de Ebla, con la que comerciaba, no mencionen nunca a los monarcas de otras ciudades cananeas, como Tiro, ha llevado a pensar que tal vez la antigua Gebal las controlara en el marco de un estado que las abarcara con sus territorios. Ugarit se distinguió, junto con la misma Biblos, durante casi todo el II milenio (Edades del Bronce Medio y Reciente) para dejar paso tras su destrucción por los «Pueblos del Mar» a Sidón. La preponderancia de ésta parece haber sido un hecho durante la Primera Edad del Hierro (1200-900 a.C.) para ser a continuación desbancada, en circunstancias que se nos escapan, por Tiro que, entre otras, ahora ejercerá su hegemonía sobre ella durante la Segunda Edad del Hierro (900-550 a.C.). Su capitulación ante los ejércitos de Nabucodonosor de Babilonia marcaría el inicio de un cierto declive que habría de favorecer nuevamente a Sidón durante el período persa (Ultima Edad del Hierro: 550-330 a.C.) para ser de nuevo brevemente desplazada por Tiro tras su destrucción a consecuencia de su revuelta contra aquéllos. En la mayoría de las ocasiones estas hegemonías no parecen haber implicado la desaparición de las dinastías locales de las ciudades controladas por otro centro de poder fenicio más importante, por lo que debemos pensar que sus reyes quedarían supeditados a la autoridad principal de un soberano más poderoso.

La forma tradicional de gobierno consistía en la monarquía hereditaria de derecho divino. Los reyes parecen haber prestado especial atención a la sucesión dinástica si bien en diversas ocasiones las guerras y las conspiraciones palaciegas alteraron la sucesión establecida. El concepto de realeza nos es ilustrado por algunas inscripciones en las que el monarca es caracterizado como «justo» y «virtuoso», así como por la actividad que, al igual que otros soberanos orientales, desplegaron los reyes fenicios en

torno a la construcción de templos y al levantamiento y dedicación de estatuas. A lo que parece la reina no estaba desprovista de facultades: podía actuar como regente y compartir las altas funciones sacerdotales con el rey, si bien seguramente debía desposarse para poder acceder a tales prerrogativas. El carácter religioso de la monarquía fenicio-cananea se advierte con claridad en las funciones de sumo sacerdocio que desempeña: rey y reina eran respectivamente sacerdote y sacerdotisa de la más importante divinidad local de carácter agrario (Baalat en Biblos y Beirut, Astarté en Tiro y Sidón).

Junto al monarca, al frente de la administración de la ciudad se encontraba un gobernador, desde los tiempos de Ugarit, y un comandante militar. El rey era asistido en sus funciones de gobierno por una asamblea de la nobleza integrada por «los ancianos del país reunidos en consejo», órgano que parece remontarse a la Edad del Bronce Antiguo y que podían tomar decisiones durante su ausencia. Integrado primitivamente por los miembros de la aristocracia de sangre, a medida que la expansión de las actividades comerciales llegó a favorecer la aparición de una oligarquía de carácter mercantil en las ciudades fenicias, su composición fue progresivamente alterada. Los ricos y poderosos comerciantes y mercaderes, a los que en la Biblia se llega a calificar de «príncipes» (*Isaías*, 23, 5, 8-9, 15, 17-18), dejaron sentir pronto su voz en las cuestiones políticas recortando en parte el poder de la realeza. Su articulación política se desarrolló mediante su integración en la asamblea de la nobleza donde muy pronto fueron dominantes. Los representantes de las principales familias que controlaban el comercio intervenían así en la administración de sus ciudades mediante la elección de *sufetes*, magistrados civiles que desempeñaban su función por el período de uno o varios años actuando de forma colegiada. El poder de esta oligarquía llegó a acrecentarse hasta el punto de que en ocasiones llegaron, a través de la asamblea que controlaban, a actuar contra el rey, como ocurrió una vez en Sidón (Diodoro, XV, 1, 54), e incluso a sustituirle temporalmente, como ocurrió en Tiro a finales de la Segunda Edad del Hierro. No deja, así mismo, de ser significativo que la forma de gobierno en las colonias fenicias del Mediterráneo fuera precisamente el sufetato, coincidiendo con el hecho de que la existencia de tales asentamientos esté directamente relacionada con la actividad de la oligarquía mercantil; es decir: la oligarquía mercantil es la que ejerce allí todo el control político y lo desarrolla mediante esta institución que le es propia.

Cabe recordar finalmente la existencia de asambleas populares en las ciudades fenicias (Moscati, 1972, 657-666), aunque su margen de actuación política parece haber sido bastante reducido y sus decisiones escasamente vinculantes. Estas asambleas populares, sobre cuyo funcionamiento tampoco sabemos gran cosa, aparecen igualmente en el ámbito de la colonización mediterránea que se distingue por la ausencia de la monarquía como sistema de gobierno, mientras que ésta se perpetúa en Oriente hasta alcanzar casi el período romano. Hay algunas razones que permiten sospechar que en los últimos momentos de la época helenística, en algunas ciudades, como Tiro, la asamblea de notables, también conocida como los «Ciento Uno» se había hecho con el control absoluto del poder, a través de los *sufetes*, eliminando definitivamente a la realeza. Este tipo de administración encajará perfectamente con el sistema impuesto por Roma, fundamentado en las asambleas locales y en las autoridades municipales.



Anforilla de vidrio opaco con decoración vegetal estilizada
(Siglo I a.C.)
Museo Nacional de Beirut

13. La cultura y las realizaciones materiales

Generalmente se ha venido considerando al mundo fenicio como una civilización de carácter fundamentalmente pragmático y de realizaciones eclécticas, incapaz de crear algo que no revierta en una utilidad inmediata. Ello no constituye más que una verdad a medias, pues si bien es cierto que los fenicio-cananeos se distinguieron en muchos campos por un pragmatismo que les llevaría en ocasiones a realizar descubrimientos de carácter extraordinario, como ocurrió con el alfabeto, no por ello han carecido de creatividad y empeño en actividades que poco tienen que ver con el común utilitarismo. Así el ambiente de dinamismo y el carácter cosmopolita que desde siempre había impregnado a las capas urbanas de la sociedad fenicia fue el medio más adecuado para la aparición de la que con el tiempo habría de revelarse como una de las filosofías más extendidas y practicadas durante la Antigüedad: el estoicismo, inspirada por Zenón, asceta fenicio originario de Kitión (Chipre) y que fue, sin lugar a dudas, el hombre más notable de su época. Esta vitalidad intelectual se reconoce igualmente en la figura de Porfirio de Tiro, filósofo neoplatonista, que encarna parte de la última reacción de la Antigüedad contra el cristianismo. Trasladado a Roma en el 262 fue recibido por la escuela neoplatónica de Plotino. Antipater y Apolonio, ambos igualmente de Tiro, fueron también en su calidad de filósofos estoicos merecedores de ser recordados por la tradición (Estrabón, XVI, 2, 24). Pero no sólo en el campo de la filosofía sobresalieron intelectualmente los fenicios; la historia fue cultivada por Aspasio de Tiro y Filón de Biblos, y Marino, otro tirio que vivió en la primera mitad del siglo segundo de nuestra era, fue ya considerado en su momento como el primer geógrafo digno de recibir el apelativo de científico (Ptolomeo, *Geografía*, I, 7). En Cartago Magón se distinguió por sus conocimientos de agrimensura incorporados más tarde a Italia por los romanos.

¿Cómo es posible calificar a un pueblo que ha proporcionado tales muestras de vigor intelectual de esterilidad creativa y falta de imaginación? Lo que ocurre es que se han obviado frecuentemente las importantísimas aportaciones de los fenicios al desarrollo cultural de la humanidad, y cuando, por el contrario, han sido tenidas en cuenta, han sido minimizadas sobre la base ficticia de una profunda influencia procedente del entorno cultural griego. Como ya se ha visto, la pervivencia hasta bien entrados los tiempos romanos de claras manifestaciones que revelan, tanto en Oriente como en Occidente, la fuerte presencia de la vieja civilización cananea no aboga precisamente en favor de la hipótesis de una profunda helenización de ésta, sino más bien de un amplio cosmopolitismo. Y la invención del alfabeto, perfeccionado durante todo el II milenio nada tiene que ver con ello.

La aparición de la escritura alfabética, inventada por los fenicios en fechas muy tempranas que podemos remontar a los inicios de la Edad del Bronce Medio, constituye, sin duda alguna, su contribución más importante a la historia de la cultura, y da fe, al mismo tiempo, de su familiaridad con un razonamiento abstracto sumamente sofisticado. La utilización de unos pocos signos combinables, en lugar de los extensísimos repertorios característicos de los otros sistemas de escrituras contemporáneos —el ideográfico y el cuneiforme— tendrá en el futuro una importantísima repercusión en la democratización de la cultura, al no ser necesario un conocimiento especializado, propio al escriba, para acceder a los rudimentos del lenguaje escrito. No pare-

ce necesario insistir en que los propios griegos así como los etruscos adoptaron este sistema tomándolo de los fenicios.

No parece existir mucha base para afirmar la inferioridad de la civilización fenicia frente al mundo grecoromano, y todo este tipo de consideraciones descansan las más de las veces, conscientemente o no, como alguien ha puesto de relieve (Sznycer, 1978, 46), sobre la base de presupuestos culturales e ideológicos más que de investigaciones históricas racionales. Así, analizadas desde la óptica clásica tradicional de la cultura grecoromana, muchas de las manifestaciones culturales de los fenicios y púnicos pueden parecer insignificantes cuando en realidad no son más que distintas. Es de esta forma que sus creaciones plásticas pueden parecernos inferiores si se juzgan desde la perspectiva deformada por los cánones clasicistas del ámbito griego y romano, si bien las realizaciones artísticas de estos fenicios conservan la ingenua frescura de una concepción vitalista y existencial del arte, propia del pensamiento oriental, en las que el arte por el arte y la pura inquietud estética apenas significan nada, y las manifestaciones artísticas raramente se disocian de aquéllas otras propias de la existencia cotidiana. Y si el mundo fenicio no desarrolló nunca una gran estatuaria que pudiera competir con las de otras civilizaciones mediterráneas no fue por falta de conocimientos, sino porque sus inquietudes responden a una concepción distinta de la realidad y se mueven por motivaciones diferentes de aquéllas que son propias del entorno cultural greco-romano.

Ya se ha insistido suficientemente en la calidad y reputación que caracterizaron al artesanado fenicio, por lo que no es conveniente pecar de reiterativos. Pero, al igual que el artesanado, la ingeniería fenicia se destacó por un elevado nivel de conocimientos técnicos. La construcción en altura, en casas de hasta seis pisos, era corriente en las ciudades, dotadas de magníficas obras de defensa y acondicionamiento. Los ingenieros fenicios, tanto en el aspecto civil como en el militar, estaban extraordinariamente preparados y parecen haberse distinguido como magníficos constructores de puertos, diques y puentes. Tanto es así, que en más de una ocasión los persas echaron mano de

«La Libia (Africa) se presenta a los ojos en verdad como rodeada de mar, menos por aquel trecho por donde linda con el Asia. Este descubrimiento se debe a Necao, rey de Egipto, que fue el primero, a lo que yo sepa, en mandar hacer la averiguación, pues habiendo alzado mano de aquel canal que empezó a abrir desde el Nilo hasta el seno arábigo, despachó en unas naves a ciertos fenicios, dándoles orden que volviesen por las Columnas de Heracles al mar Boreal o Mediterráneo, hasta llegar al Egipto. Saliendo pues los fenicios del mar Erithreo, iban navegando por el mar del Noto: durante el tiempo de su navegación, así que venía el otoño salían a tierra en cualquier costa de Libia que les cogiese, y allí hacían sus sementeras y esperaban hasta la siega. Recogida su cosecha, navegaban otra vez; de suerte que, pasados así dos años, al tercero, doblando por las Columnas de Heracles, llegaron a Egipto, y referían lo que a mí no se me hará creíble, aunque acaso lo sea para algún otro, a saber, que navegando alrededor de la Libia tenían el sol a mano derecha. Este fue el modo como la primera vez se hizo tal descubrimiento.»

(Heródoto, IV, 42)

«Y además, conviene señalar, ante todo, lo que tenemos por más importante, que, de los más antiguos bárbaros, los fenicios en primer término y los egipcios, de quienes los demás pueblos posteriormente tomaron aquella costumbre, tuviesen en el lugar reservado a los dioses supremos todo aquello que proporcionase lo necesario para la vida, que confiriese de este modo beneficio al género humano.»

(Filón de Biblos en Eusebio, *Proeganatio Evangélica*, I, 9, 32)

sus conocimientos, hasta el punto de que el puente que Jerjes ordenó construir a través de los estrechos del Helesponto fue obra conjunta de fenicios y egipcios (Heródoto, VII, 34-6). Pero fue sobre todo en el campo de la construcción naval donde los fenicio-cananeos se mostraron más pronto innovadores, fabricando embarcaciones más resistentes gracias al reforzamiento de la carena por una carlinga permitiendo de este modo dar un perfil más alargado a sus cascos de sólidas cuadernas. Fueron estos navíos esbeltos, calafateados con el betún que aseguraba su estanqueidad —de ahí la común alusión a las «negras naves fenicias»— y provistos de dos filas de remeros superpuestas, los que permitieron realizar los largos periplos de sus marineros en el curso de los que difundieron la civilización por las costas del Mediterráneo. Y si en otras civilizaciones vecinas fue la necesidad de establecer un calendario que fijara la sucesión estacional de cara a un aprovechamiento más racionalizado de las posibilidades de la vida agrícola lo que estimuló la observación y los estudios astronómicos, en Fenicia fueron los imperativos de la navegación nocturna los que consolidaron unos conocimientos de los astros iniciados con el descubrimiento de la posición fija de la Estrella Polar (Dussaud, 1936, 60), lo que unido a la observación de la Osa Menor, significativamente conocida como la «fenicia» entre los griegos, permitía con facilidad establecer la orientación adecuada.

Por último, debemos señalar que, aunque la práctica totalidad de la literatura fenicio-cananea se ha perdido salvo escasas excepciones, hoy estamos en condiciones de afirmar que buena parte de la literatura y del pensamiento hebreo obedecen a la profunda influencia cultural que Canaán ejerció sobre la población israelita, lo que es lo mismo que decir que parte de las que se consideran raíces de nuestra civilización occidental se las debemos a los fenicios, que de esta forma se sitúan históricamente en nuestros más remotos orígenes culturales.

Bibliografía

Obras de carácter general:

Avdiev, V.I.: *Historia económica y social del Antiguo Oriente. II. Reinos y Estados del II y I Milenios,* Madrid, 1986.

Garbini, G.: *I fenici. Storia e religione*, Napoles, 1980.

Harden, D.: *Los fenicios,* Barcelona, 1985, Orbis.

Moscati, S.: *I Fenici e Cartagine*, Milan, 1972.

The World of the Phoenicians, Londres, 1973, Cardinal.

Starr, C.G.: *Historia del Mundo Antiguo,* Madrid, 1974.

Trabajos específicos:

Alvar, J.-G. Wagner, C.: «Consideraciones históricas sobre la fundación de Cartago», *Gerión,* 3, 1985, pp. 79-95.

Aubet, M.E.: «Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico», *Pyrenae,* 13-14, 1977-8, pp. 81-107.

Barreca, F.: *La Sardegna fenicia e punica*, Sassari, 1974.

Berchem, D. Van.: «Sanctuaires d'Hercule-Melkart: contribution á l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée». *Syria,* 44, 1967, pp. 73-109 y 307-338.

Blázquez, J.M.: *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975.

Bunnens, G.: *L'expansion phéniciénne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondé sur une analyse des traditions littéraires*, Bruselas-Roma, 1979.

Brown, J.P.: *The Lebanon and Phoenicia. Ancient Texts Illustrating their Physical Geografy and Native Industries. I: The Physical Setting and the Forest*, Beirut, 1959.

Decret, F.: *Carthage ou l'empire de la mer*, París, 1977.

Dussaud, R.: «La commerce des anciens Phéniciens á la lumiére du Poéme des Dieux Gracieux et Beaux», *Syria*, 17, 1936, pp. 51-60.

Garbini, G.: «Studi di epigrafia fenicio-punica», *AION*, 35, 1975, pp. 433-7.

«Chi erano i Fenici», *I Congresso Internazionale di studi fenici e punici,* Roma, 1983, Vol I, pp. 27-33.

G. Wagner, C.: «Aproximación al proceso histórico de Tartessos», *Archivo Español de Arqueología*, 56, 1983, pp. 3-36.

Jidejian, N.: *Tyre through the Ages*, Beirut, 1969.

Liverani, M.: «Dall'aculturazione alla desculturazione. Considerazioni sul ruolo dei contatzi politici ed economici nella storia sirio-palestinese pre-ellenística», *Modes de contacts et processus de transformation dans les societés antiques,* Pisa-Roma, 1983, pp. 511-20.

Montet, P.: *Byblos et l'Egypte.* París, 1928.

Pettinato, G.: «I rapporti politici di Tiro con l'Asiria alla luce del Trattato tra Assarhaddon e Baal», *Rivista di Studi Fenici,* III, 1975, pp. 145-160.

«Le città fenicie e Biblos in particolare nella documentazione epigrafica di Ebla»,

I Congresso Internazionale di studi fenici e punici. Roma, 1983, vol. I, pp. 107-118.

Picard, G. Ch y C.: *La vie quotidienne a Carthage au temps d'Hannibal*. Paris, 1958.

Pritchard, J.B.: *Ancient Near Easter Texts relating the Old Testament* (ANET) Princeton, 1955.

Revere, R.B.: *Tierra de nadie: los puertos comerciales del Mediterráneo oriental*. Comercio y mercado en los Imperios Antiguos (Polanyi-Arensberg-Pearson, eds.). Barcelona, 1976, pp. 87-108.

Röllig, W.: «Die Phönizier des Mutterlandes zur zeit des Kolonisierung». *Phönizeer im Westem: Madrider Beiträge*, 8, 1982, pp. 15-28.

«The Phoenician Language: Remarks on the Present State of the Research». *I Congresso Internazionale di studi fenici e punici*. Roma, 1983, vol. I, pp. 375-386.

Tusa, V.: «La Sicilia fenicio-púnica: stato attuale delle ricerche e degli studi e prospettive per il futuro». Ibid, pp. 187-190.

Tsirkin, Ju. B.: «The Phoenician civilisation on Roman Spain». *Gerión*, 3, 1985, pp. 245-270.

Sznycer, M.: «L'expansion phenico-punique dans le Mediterranée occidentale: problemes et methodes». *II Congrés international d'Etude des Cultures de la Mediterranée occidentale*. Argel, 1978, pp.

Vationi, F.: *S. Agostino e la civiltá punica*. Augustinianum, 8, 1968, pp. 441-456.

Whittaker, C.R.: «The Western Phoenicians: Colonisation and Assimilation». *Proceedings of the Cambridge Phylological Asociation*, 200 (ns 20), 1974, pp.



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*